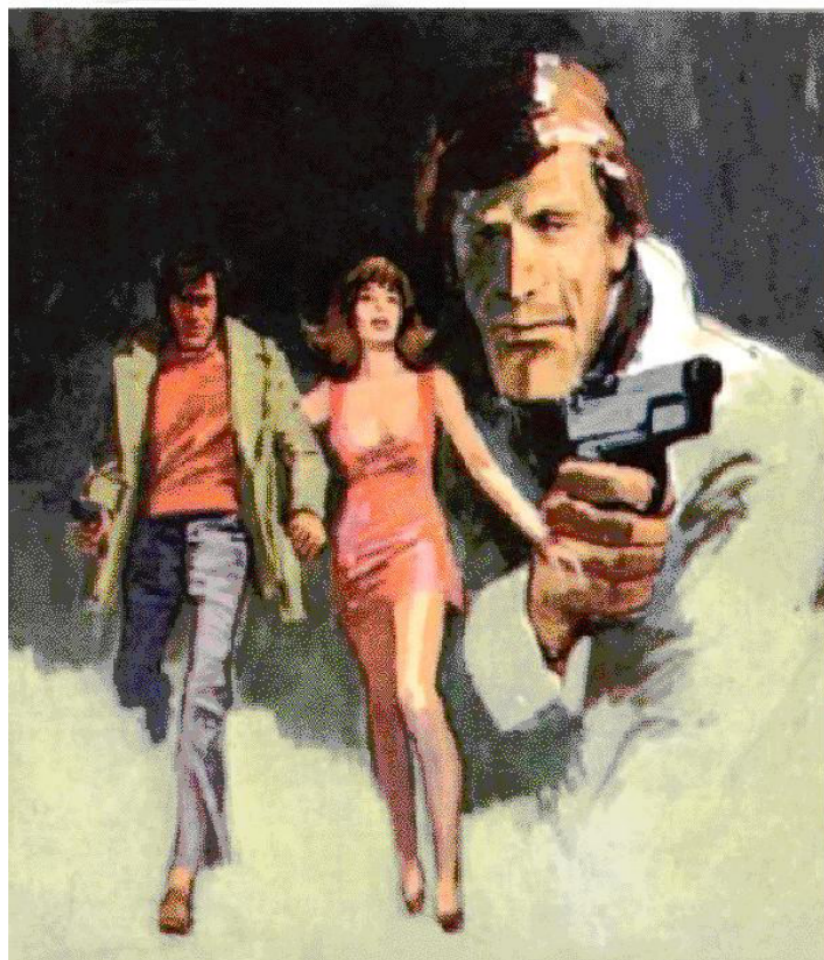


BOLSABROS BRUGUE RA
PUNTO
ROJO

prohibido morir

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

HARE BURTON

PROHIBIDO MORIR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 775
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 52.267 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1977

© Burton Haré - 1977

texto

© Desilo - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.384 — La cita de los muertos.

En Colección **PUNTO ROJO**:

765 — La caja de Pandora.

En Colección **LA HUELLA**:

117 — Una mortaja a medida.

CAPÍTULO PRIMERO

Los patéticos dedos de los cipreses señalaban el negro firmamento. Como gigantes estáticos rendían con su presencia un sombrío homenaje a los muertos que reposaban a sus pies.

El cementerio estaba cercado por una valla más decorativa que otra cosa. ¿Para qué querían protección los muertos, en su última morada?

No había sombras esa noche porque el firmamento desaparecía tras una espesa capa de nubes, y las tinieblas eran densas como gelatina.

Sin embargo, una parte de esas tinieblas pareció desgajarse de pronto, moverse hacia la valla. Se detuvo unos instantes, como escuchando el silencio que lo envolvía todo.

Oyó solamente el leve susurro del aire que no conseguía alterar la majestuosa quietud de los cipreses. El ronco graznido de un cuervo en alguna parte y el chirriante canto de una lechuza.

Nada de eso podía inquietar al hombre parado en las profundas tinieblas. Saltó la valla y pasó la mirada por las pálidas manchas de las lápidas, y las oscuras líneas de los arbustos recortados que delineaban los paseos entre las tumbas.

Tras orientarse se internó por uno de ellos. Pisaba con cautela, como si temiera turbar el sueño de los que ya dormían hasta el fin de los tiempos.

Volvió a detenerse y se inclinó sobre la losa de un enorme panteón. Gruñó entre dientes y reanudó sus pasos por el sendero que había a su izquierda.

Ahora estaba en la parte del cementerio donde se alzaban las grandes tumbas coronadas de hermosas esculturas.

A pesar de todo, el hombre notaba un sudor frío deslizarse por su espalda. Resopló y sacando un pañuelo se restregó la frente.

Junto a él se alzaba la majestuosa figura de un ángel sosteniendo

en sus brazos un cuerpo muerto. Era una bella escultura de arte funerario. El hombre no estaba en disposición de apreciar obras de arte. Se guardó el pañuelo, disponiéndose a proseguir su extraña peregrinación.

Tras él fue como si el ángel cobrara vida, como si se desdoblara de sí mismo. Luego, de aquella forma que se desdoblaba de la escultura surgieron dos manos sosteniendo un cordón negro.

El hombre sintió como si el aire se agitara de pronto en torno a su cabeza. Después, aquella serpiente de nilón se enroscó en su cuello y las manos tiraron de los extremos con fuerza salvaje.

Aún pudo emitir un grito, ronco, desesperado. Cometió la torpeza de llevar instintivamente las manos al cuello tratando de librarlo de aquel dogal...

Luego, cuando sus pulmones le estallaban reclamando aire y vida cuando sus piernas cedían y un agudo zumbido parecía taladrarle el cráneo, llevó la mano derecha a la axila...

Sus dedos rozaron la culata de la pistola. Tiraron de ella sin fuerza..., había esperado demasiado...

Aún consiguió que el arma se deslizara fuera de su funda, pero ya fue incapaz de sostenerla. Era una pistola automática que rebotó en la grava del camino. Detrás de la pistola se desplomó él, pero incluso entonces la cuerda siguió apretando más y más buscando la seguridad absoluta de su muerte.

Al fin, aquellas manos asesinas aflojaron su presa. El negro cordón desapareció y por unos instantes todo volvió a quedar quieto, silencioso e inmóvil como estarían los seres enterrados en el cementerio por los tiempos de los tiempos.

Después, el asesino, otra mancha más entre las sombras, recogió la pistola caída en el sendero y se la metió en un bolsillo. Tras esto, levantó, no sin dificultades, el cadáver y cargándolo sobre su espalda desapareció más allá del panteón.

El augusto silencio de la noche reinó definitivamente en el cementerio. Todo volvió a quedar en paz.

La paz de los muertos.

El coche corría a más de ochenta millas por hora por la carretera desierta. Daba frecuentes bandazos y de su interior brotaban gritos y risotadas, y la música desaforada de la radio.

Había momentos en que el conductor parecía querer llevar el

ritmo de la música con el volante, con la consecuencia de que el coche tan pronto estaba a un lado como a otro de la carretera.

Iba solo en el asiento delantero, pero en el posterior una mujer se debatía entre dos hombres. Ella gritaba, asustada y enfurecida a un tiempo, mientras ellos luchaban por sujetarla brutalmente, riendo, soltando relinchos y obscenidades, animados por los gritos del conductor.

Eran tres mozaletes, apenas. El que pilotaba el auto lo había sacado sin permiso del garaje de su casa, y los otros dos, animados, como él, por unas copas de más, habían planeado la gran noche.

La muchacha que peleaba como una gata salvaje consiguió clavar profundamente sus uñas en la cara el gamberro que tenía a la derecha, arrancándole un aullido de dolor y de rabia.

El otro chilló entusiasmado. Atrapó un puñado de ropa y tiró con todas sus fuerzas. La tela cedió y él se quedó con la blusa en las manos.

La sacó por la ventanilla y el viento la hizo restallar como un látigo.

El otro se arrojó sobre la muchacha. Quería inmovilizarla con su peso y casi lo consiguió.

El otro soltó la blusa, que revoloteó un buen trecho antes de enredarse en los arbustos que había al lado de la carretera. Tras esto volvió a la pelea.

Aullando como un piel roja, atrapó los largos cabellos negros de la chica y tiró hacia atrás, doblándole violentamente la cabeza. Con la otra mano intentó manosearla y recibió un golpe en un ojo que le enfrió no poco los ánimos. Soltó un zarpazo y con un tirón arrancó el sujetador, breve y cuajado de encajes. Eso le hizo olvidar en parte el dolor del golpe.

—¡Ya la tenemos, Rich! —bramó.

Eso era cierto. Casi estaba inmovilizada por completo.

Entonces oyeron un brusco grito de alarma del conductor, y un rechinar de frenos, y el coche pareció ir a salirse de la carretera.

Olvidaron a la chica justo a tiempo de ver pasar un enorme sedán negro a una pulgada de su propio coche.

El miedo les paralizó unos segundos mientras el conductor disminuía la velocidad.

La chica alargó el brazo, abrió la portezuela y dio un salvaje

empujón el rufián de su izquierda. Con un grito, el tipo voló fuera del coche y desapareció en la noche.

—¡Para! —rugió el otro.

El conductor lo intentó tan brutalmente que el coche derrapó hacia la derecha con un enervante chillido de llantas. La muchacha saltó entonces por la puerta abierta, mientras el auto seguía deslizándose hacia el lado contrario. Se oyó un estrépito cuando se estampó de costado contra un árbol, y el estallido de los cristales, y luego sólo quedó una polvareda y los gritos de los dos granujas atrapados dentro del vehículo.

La muchacha se levantó, aturdida, de entre los arbustos donde había rodado. Sentía un dolor agudo en todo el cuerpo y la cabeza le daba vueltas.

Se quedó quieta un buen rato, viendo cómo los dos tipos del coche salían por una ventanilla rota, incapaces de abrir las atascadas portezuelas. Su paso entre los restos de los cristales no les hizo ningún bien, y cuando consiguieron sostenerse de pie al lado del coche, sus caras, sus manos y sus ropas estaban hechas unos zorros.

Uno dijo:

—¡Hay que buscar a Rich! Esa perra lo tiró de mala manera...

—¡Quiero encontrarla a ella! —Gruñó el otro—. Te juro que cuando termine con esa maldita zorra no tendrá ganas de ver a un hombre en todo lo que le quede de vida...

—Primero Rich. Ella no puede llegar muy lejos medio desnuda como está.

Se alejaron dando tumbos, como borrachos, sobre unas piernas que les parecían de algodón.

La muchacha esperó agazapada a que estuvieran lo bastante lejos como para moverse. Entonces atravesó la carretera y fue hacia el coche.

No pudo abrir ninguna portezuela. Vio el pequeño maletín que le pertenecía tirado al otro lado del asiento posterior. Oyó las voces de los gamberros a bastante distancia y eso la animó.

Encaramándose por la ventanilla entró y recogió el maletín. Al hacerlo, éste se abrió y las escasas prendas de ropa que contenía se desparramaron junto con sus utensilios de maquillaje.

Las voces de ellos se aproximaban ahora. Frenética, recogió un

jersey y sacó medio cuerpo fuera del coche, por la ventanilla.

Ellos estaban a unos cien metros. Saltó al suelo y echó a correr. Oyó un grito y redobló su carrera alejándose de la carretera.

Los dos tipos que habían salido del coche por su pie sostenían a su gimoteante compañero entre los dos. El que había llevado el volante rugió:

—¡Se escapa!

Soltó al otro y echó a correr. No hizo el menor caso de los feroces insultos de su compañero herido.

El otro exclamó:

—Vas a quedarte sentado ahí, Rich. Volveremos a por ti.

—¡Pero tengo una pierna y un brazo rotos por lo menos! Olvídate de la chica...

Pero el otro ya le obligaba a sentarse en la cuneta. Le vio alejarse también y lo que salió de su boca en aquellos instantes no es como para imprimirlo.

La aterrorizada muchacha oía los pasos del más próximo de sus perseguidores. Ciega para todo lo que no fuera huir, corrió como jamás lo había hecho. Vio una valla ante sí y la saltó limpiamente.

Sólo cuando hubo corrido un buen trecho descubrió que aquello era un cementerio.

Entonces se detuvo, sobrecogida de espanto, el jersey en la mano, mirando estremecida los monumentos funerarios, las lápidas, los altos cipreses.

Pensó vagamente que los dos miserables gamberros no se atreverían a perseguirla en un lugar semejante...

Entonces, a sus espaldas brotaron dos manos grandes y duras como surgidas de la nada. Una le atenazó la boca y la otra le rodeó el cuerpo inmovilizándola...

La muchacha sólo pudo hacer una cosa:

Desmayarse.

CAPÍTULO II

Recobró el conocimiento y en los primeros momentos sólo tuvo conciencia del dolor sordo y pertinaz que atormentaba todo su cuerpo.

Luego fue recordando poco a poco lo sucedido, y cuando su cerebro evocó de nuevo el instante en que las manos la atraparon junto a aquel panteón por poco no se desmayó otra vez.

Se incorporó. Había estado tendida sobre una superficie dura. Entonces vio que era la losa de mármol de aquel panteón junto al que la habían atacado.

Dio tal salto que rodó dando tumbos hasta el suelo.

Allí hizo otro descubrimiento. Llevaba el jersey puesto.

Dudó de su propia cordura. Recordaba perfectamente que cuando se había desmayado el jersey colgaba de su mano, iba desnuda de cintura para arriba.

Alguien se había tomado la molestia de vestirla. Absurdo.

Miró en torno y sintió dentera. Olvidó el dolor y los rasguños y comenzó a apartarse del panteón sobre cuya losa de mármol estuvo yaciendo.

Nunca había sido una muchacha miedosa. Y por descontado, sabía que los muertos no podían causarle el menor daño. No obstante, esta forzada visita nocturna a un cementerio no era precisamente una aventura como para levantarle el ánimo.

Ignoraba el trecho recorrido siempre mirando en torno con prevención, cuando sus pies se enredaron con un grueso obstáculo trastabilló y acabó cayendo de espaldas.

Contuvo un grito y fue a levantarse.

Se encontró mirando una cara horrible, de ojos saltones, que parecían observarla a ras de suelo.

Dio un grito y se levantó de un salto, viendo el cuerpo del hombre tendido en medio del paseo. Tenía la cabeza torcida y la

cara oscura, amoratada. La lengua negruzca le colgaba de manera espantosa y los ojos parecían a punto de caerle fuera de la cara.

Ni por un instante dudó de que estuviera muerto. Aquella cara horrenda sólo podía pertenecer a un cadáver...

Giró sobre los talones y echó a correr, ahora sin cautela alguna, enloquecida de espanto, gimoteando entre dientes.

Llegó junto a la valla y la saltó de un brinco. Ignoraba en qué dirección estaba la carretera, ni si aquellos dos degenerados del coche aún estaban buscándola. Todo lo que ansiaba, todo lo que podía pensar, era en huir lo más lejos posible de un cementerio en el que los muertos aparecían tirados como fardos, en lugar de estar enterrados decentemente, y en donde a una le colocaban el jersey para cubrir sus desnudeces, cuando otros degenerados le habían dejado los senos al aire con su violencia.

Corrió apresurada campo a través. Cuando se dio cuenta había recorrido mucha más distancia de la que la llevó de la carretera al cementerio.

Entonces vio un camino de tierra apisonada bordeado de árboles. Ignoraba dónde estaba, así que eligió la derecha y apenas cincuenta pasos más adelante encontró un coche estacionado a un lado, casi oculto entre los árboles.

El auto estaba a oscuras y vacío. La muchacha se acercó a él instintivamente, incluso pensó en robarlo y huir con él.

Entonces apoyó la mano sobre el capó y dio un salto al extraordinariamente caliente.

Miró en torno, asustada. Y una voz dijo:

—¿La llevo a alguna parte, preciosa?

Dio un grito y un salto. El hombre se destacó surgiendo de detrás de un tronco de árbol. No pudo verle el rostro porque estaba demasiado oscuro, pero no le habría sorprendido lo más mínimo que tuviera ojos de fuego y largos y draculinos colmillos asomando entre sus labios.

—¿Qui... quién es usted? —balbuceó.

—¿Qué importa un nombre? De cualquier modo usted no me conoce, así que... Oiga, ¿qué anda haciendo a estas horas por un desierto como éste?

Todo lo que ella veía del hombre era que resultaba muy alto, y que al parecer no era precisamente un tipo debilucho. Imaginó que

si tenía que luchar con él iba a pasarlo muy mal y exclamó:

—¡Sólo daba un paseo! Adiós.

—¡Eh, espere un momento! El coche es mío, puedo llevarla al pueblo si quiere.

—¿Qué pueblo?

—Forreston. Es el único que hay cerca de aquí. ¿De dónde demonios viene usted si no es del pueblo?

—Del cementerio.

Se arrepintió al instante de haberlo dicho, pero ya no tenía remedio.

—¿Del cementerio? Oiga, nena, ¿es una broma?

Al mismo tiempo dio unos pasos hacia ella.

La chica gritó:

—¡No se acerque!

—Bueno, dígame qué estaba haciendo en el cementerio.

—Nada..., es decir, sí... Fui a llevar unas flores a... éste..., a la tumba de mi abuelo, eso es.

—¿A las tres y media de la madrugada?

—¡Caray! ¿Ya es tan tarde? Buenas noches...

De un salto él estuvo a su lado y la atrapó por el brazo.

—La llevaré en el coche —dijo—. Si no les teme a los muertos a estas horas de la noche menos deberá temerme a mí.

—¡Usted es un vivo!

—Ya puede jurarlo.

—Quiero decir que está vivo...

—Claro.

—¡Me confunde!

—¿Por qué? Sólo trato de ayudarla.

—No necesito su ayuda. Los últimos que pretendieron ayudarme, llevándome en un coche cuando hacía autostop, por poco no me desnudaron.

Yo no soy de éstos. Me gusta ver cómo se desnudan las mujeres, no desnudarlas por mí mismo. Le aseguro que es un espectáculo fascinante.

—Usted es un sinvergüenza.

—Me han llamado cosas peores. Vamos, la llevaré a Forreston.

—¡Yo no voy a Forreston!

El la miró acercando la cara a la suya. Así ella pudo verle bien.

Era un tipo de unos treinta años. Tenía un rostro recio, varonil y disipado. Sus ojos eran negros y la miraban como burlándose de ella.

—No puede ir a ninguna otra parte —dijo—. La población más próxima, exceptuando Forreton, es Silver City, y está a más de cincuenta millas.

Tiró de ella suavemente, aunque sin ninguna brusquedad, de modo que la muchacha se encontró sentada en el coche sin apenas darse cuenta de cómo llegaba allí.

El se instaló frente al volante, pero no arrancó aún.

Sacó cigarrillos y encendió dos, ofreciéndole uno a ella.

—Tome, linda, le calmará los nervios.

—¿Quién dijo que estoy nerviosa?

—Lo parece. Y es lógico si acostumbra andar por los cementerios a las tres y media de la madrugada. Bueno, me llamo John, ¿sabe?

—Bueno.

—Ahora le corresponde a usted.

—¿Qué?

—El nombre.

Tras una vacilación ella musitó:

—Llámeme Niky.

—Bien, ya somos amigos. Ahora cuénteme qué se le perdió en el cementerio a estas horas.

—Nada. Más bien encontré algo...

—¿Qué cosa? —Un muerto.

—Claro, ¿qué otra cosa en un cementerio?

—Mire, déjese de chistes, le digo la verdad. Había un hombre muerto...

—Imagino que habría muchísimos más de uno. Es un cementerio muy antiguo éste, por si no lo sabía. Lo inauguraron en tiempos de la colonización y...

—¡Váyase al demonio! El muerto de que le hablo no estaba enterrado, sino tirado en medio de un paseo... ¡Era algo horrible!

Esperó otro burlón comentario de su forzado compañero pero no lo hubo.

El estaba fumando como si tuviera prisa por terminar el cigarrillo.

Al fin dijo:

—De modo que debió llevarse un buen susto...

—¿No lo imagina? Por poco no me desmayé.

—Eso es muy frecuente... que se desmaye, quiero decir.

—¿Yo? Oiga, ¿cómo lo sabe?

—Lo imagino. Es lo que suelen hacer las chicas cuando tropiezan con cadáveres sin enterrar en los cementerios.

Siga burlándose de mí. Incluso es posible que crea que estoy algo loca, ¿eh?

—Un poco. La gente cuerda no acostumbra visitar camposantos a estas horas. —Entonces usted debe ser también un bicho muy raro, porque ya me dirá qué está haciendo en un lugar como éste.

—*Touché.*

—¿Cómo dice?

—Tocado. Es francés.

—Hasta habla idiomas... Bueno, ¿no sabe conducir mientras fuma?

—Sí.

Puso el auto en movimiento y lo deslizó por el desigual camino.

Al cabo de un minuto él preguntó:

—¿Cómo era ese hombre, Niky?

—¿Qué hombre?

—El muerto.

—¿Cree que me entretuve tomándole la filiación? Salí de estampida.

—Bueno, algo vería de él.

—Su cara horripilante.

—¿Qué tenía en la cara? Los muertos siguen teniendo la misma cara que tuvieron estando vivos.

—Éste no. Le colgaba la lengua por lo menos un palmo y... ¡Maldita sea, hombre! No quiero recordarlo. —De modo que le estrangularon...

—¿Qué?

—¿Era alto, bajo, delgado, gordo? Eso debió verlo. —Más bien rechoncho. ¿Por qué le interesa tanto su aspecto?

—Intento creerla. Si se fijó en detalles es que lo vio. Si no sabe nada de nada, sólo sufrió una alucinación.

—Ojalá hubiera sido una alucinación. Pasan cosas muy raras en ese cementerio.

—¿De veras? Cuénteme.

—Ya hablé bastante. Ahora le toca a usted.

—¿Quiere que le cuente mi vida amorosa? No es apta para menores, pero usted ha cumplido los veinte, seguro.

—Tengo exactamente veintidós si es eso lo que la interesa averiguar. Y en cuanto a su vida amorosa no me importa lo más mínimo.

—Lástima.

Y siguió conduciendo como si de pronto hubiera olvidado incluso la presencia de la muchacha a su lado.

Niky comenzó a ponerse nerviosa.

—Diga algo —estalló al fin—. ¿Vive usted en ese pueblo... Forreton?

—Oh, no. Estoy sólo de paso.

—¿Y qué hacía en ese lugar a semejantes horas?

El dejó pasar medio minuto sin hablar. Luego murmuró:

—Lo contrario que usted...

—No le entiendo.

—Usted encontró un hombre muerto. Yo buscaba uno vivo.

¿Es un acertijo o algo así? Porque de chiste no tiene nada.

El pareció reír entre dientes, pero a ella se le antojó más bien un chirrido metálico.

—Yopuede que sea una chica rara, amigo, pero usted se lleva la palma. ¿Sabe lo que me ocurrió en el cementerio?

—Ya lo dijo, encontró un muerto.

—Además de eso.

—¿Aún hay más?

—Alguien me atrapó junto a un panteón. Me tapó la boca, ¿sabe? Y me desmayé.

—Claro.

—Pero no me hizo ningún daño. Al contrario. Me puso el jersey.

—¿Cómo dice?

—Me puso el jersey. Cuando me atrapó yo no llevaba nada encima excepto los pantalones..., cuando recobré el conocimiento me había vestido con el jersey que yo llevaba en la mano.

—Eso me parece una irreverencia..., andar semidesnuda en el lugar de descanso de los muertos... ¿No llevaba nada..., «nada»?

—No. Esos degenerados del coche me lo arrancaron todo. Y en

cambio, quien fuera que me atrapó en ese lugar horrible se tomó la molestia de vestirme con mi propio jersey. El le dirigió una descarada mirada a la prominencia de sus pechos. Hizo una mueca y gruñó:

—Idiota.

—¿Qué dice?

—Olvídelo. Mire, ahí está Forreton.

Ella descubrió las luces de la población. Suspiró. Ésa iba a ser otra complicación, porque no tenía un solo centavo.

Cuando entraron en la ciudad él preguntó:

—¿Dónde vive, Niky?

—Ya le dije que no vivo en Forreton. Ni siquiera sabía que existiera ese lugar.

—Entonces habrá de alojarse en un hotel, digo yo.

—¿Yo en un hotel?

—Claro, ¿por qué no?

—No quiero discutirlo con usted. Déjeme en cualquier esquina céntrica y ya me arreglaré.

—Eso no estaría nada bien. Le diré lo que haremos... Yo estoy alojado en Milton. No es el Waldorf Astoria, pero sí de lo mejorcito de esta parte del territorio. La llevaré allí y tomará usted una habitación. Por lo menos podrá dormir en una cama.

—¿Piensa que lo haga en la suya acaso?

—Me gustaría.

—Dije que era un sinvergüenza. Me quedé corta.

—Hay otras camas en el hotel además de la mía, ¿sabe usted? Y llaves en las puertas para encerrarse por dentro.

—De cualquier modo no puedo aceptar.

—Pero ¿por qué, Niky? No puedo abandonarla en medio de las calles.

—¡Maldita sea! No tengo dinero, ya que insiste en saberlo.

El frenó poco a poco y condujo despacio por la calle desierta.

—De modo que está en un «verdadero» apuro —comentó con voz tranquila—. Bueno, le prestaré algo de dinero para que pueda...

—Olvídelo. No me acostaré con usted ni mediante un préstamo sin intereses.

—Oiga, nena, está usted obsesionada con la idea de acostarse con alguien. Yo no le pido nada a cambio.

—Aunque fuera así, cosa que dudo, tampoco quiero inscribirme en un hotel.

Esta vez él reflexionó mucho más tiempo.

—Ya veo —gruñó al fin—. Huye de alguien. ¿Es eso? No quiere inscribirse para no dejar rastro.

—Eso lo dice usted, no yo.

—No puede haber otra razón.

—Una por lo menos. Perdí toda mi documentación cuando escapé de los cerdos del coche.

—Lo pone cada vez más difícil. Ése es el hotel. Pensaremos algo.

Estacionó junto a la acera y apagó el motor y los faros. Sacó otros cigarrillos y los encendió, pasándole uno a la muchacha.

Niky vio la amplia entrada iluminada del hotel y algunas ventanas de la planta baja con luz. El aspecto del conjunto era cómodo y acogedor y eso agudizó su sensación de soledad y desamparo.

En aquel instante aparecieron dos hombres, uno por cada lado del coche. Por las ventanillas abiertas introdujeron una mano cada uno.

En cada mano había una gran pistola automática.

CAPÍTULO III

El del lado del volante gruñó:

—No alboroten. Sería una lástima despertar a tiros a todo el distrito.

—¿Qué diablos...?

—¡Cierre el pico! Vamos a subir al asiento posterior. Tenemos que hacer un corto viajecito.

Niky murmuró:

—¡Qué noche, madre! ¿No podrían tomar un taxi?

—Cállate, nena. Elegiste un mal sujeto para acostarte con él esta noche.

—¿Qué maldita cosa dice? ¡Yo no voy a acostarme con nadie!

—Eso puedes jurarlo.

Abrieron las portezuelas y entraron en el auto sin dejar de apuntarles con las pistolas.

—En marcha, gran tipo. Y no hagas tonterías o tus sesos se estamparán contra el parabrisas.

—Podrían hablar de otro modo —dijo Niky—. ¿En qué lío me ha metido usted ahora, puede decírmelo?

John apartó el coche de la acera.

—No lo sé —gruñó—. De cualquier modo, lo siento.

—¡Oh, claro que lo siente! Menos mal que no podrás quitarme ni un centavo...

—¿Crees que es un atraco, nena? —rió uno de los asaltantes—. ¡Qué inocente paloma!

—Si no se trata de robarnos, ¿qué demonios quieren?

—Ya te dije que cerraras tu linda boquita, preciosa. No me exasperes o te sacudiré.

—Bonitos modales...

John cortó la escaramuza.

—¿Hacia dónde?

—Sigue esa carretera. Velocidad moderada, nada de alborotos con la bocina y sin apartar las manos del volante.

—Pudieron haberla dejado a ella en el hotel —dijo de mal talante.

—¿Para qué hubiese corrido en busca de los polis? No, tipo listo; ella está bien aquí.

—Pero ¿qué es lo que pretenden?

—¡A callar!

Corrían ahora por la desierta carretera. El viaje duró poco menos de quince minutos.

—A la derecha ahora, en ese desvío —ordenó el que mantenía la pistola detrás de la cabeza del conductor.

Éste obedeció y el coche dio algunos saltos sobre un pavimento infame.

—Para aquí, junto a los árboles.

John también hizo lo que le ordenaban. Oyó abrirse las portezuelas y después los pistoleros les obligaron a bajar del coche.

—¿Y ahora qué? —bufó la muchacha.

—Nena, quédate junto a la carrocería. No te muevas de ahí si quieres conservar la cara sin desperfectos. Eso debes entenderlo perfectamente por tonta que seas.

—No quedaríais muy presentable con un agujero en la barriguita, ¿eh? —cacareó el otro.

Ella se apoyó en la carrocería y se quedó allí, quieta.

Entonces se dedicaron por entero al hombre.

—Tenemos un mensaje para ti, tipo listo. Es muy claro, hasta un niño lo entendería.

—¿Qué clase de mensaje, un tiro en la nuca?

—¿Por quién nos tomas, hombre? No, nada de tiros, a menos que sea absolutamente necesario. Sólo escucha con atención. ¿Ya?

John se limitó a encogerse de hombros.

El otro dijo:

—Primero: Te largarás de Forreton esta misma noche. Segundo: No volverás al hotel. Podrás reclamar el equipaje desde donde sea que decidas parar. Tercero: No te detendrás al menos hasta hallarte a doscientas millas de aquí en cualquier dirección. ¿Me sigues, gran tipo?

—Seguro.

—Por último y más importante, no volverás jamás, porque entonces habrían de enterrarte en el cementerio y éste es sólo para personas, no para perros sarnosos. ¿Está claro?

—Como la luz.

—Eso es todo. Pero nos dijeron que tienes mala memoria, y que debíamos hacer algo para estar seguros de que esta vez lo recordarías todo al pie de la letra.

—No olvidaré ni una sílaba.

—Cuando terminemos contigo seguro que no.

Inopinadamente, el tipo volteó la mano con que sostenía la pistola y golpeó salvajemente un lado de la cabeza de su víctima.

Con un grito, Johnny cayó de espaldas. El otro le descargó un puntapié a las costillas que le arrancó otro alarido de dolor.

Niky comenzó a chillar y se precipitó contra el más cercano de los dos matones.

Ni siquiera consiguió tocarlo. El le sacudió una bofetada que la devolvió dando tumbos contra el coche.

John se levantó rechinando los dientes. Los dos tipos reían apuntándole con sus pistolas.

—Falta la firma del mensaje —dijo uno—. Aún tienes la cara demasiado entera.

Y levantó la pistola para utilizarla como una maza.

John tiró un puntapié con todas sus fuerzas. La punta de su zapato se hundió entre las piernas del pistolero. Hubo un alarido agónico cuando el hombre se dobló en dos. Soltó la pistola y encorvado y gimoteante dio unos pasos de aquí para allá antes de caer de rodillas.

El otro soltó un rugido y gritó:

—¡Quieto o te lleno de plomo, maldito!

John se inmovilizó, agazapado, presto a saltar si tenía oportunidad de hacerlo. Pero el otro ahora estaba furioso.

—No debiste hacer eso —dijo con voz chirriante—. No debiste hacerlo... porque ahora te haré pedazos. ¡Arrodíllate!

—¡Maldito si lo hago!

—No lo hagas y te meto un plomo en una rodilla, así que tú verás.

No bromeaba, de modo que John se dejó caer de rodillas y esperó mirándole fijamente. El otro tampoco apartaba su mirada de

él, porque había aprendido que no podía descuidarse con su adversario.

Ésa atención le impidió ver el movimiento de Niky. Cuando advirtió que ella ya no estaba junto al coche, detrás de él la muchacha ordenó:

—¡Tire la pistola o disparo, pistolero de tres al cuarto!

Ladeó la cabeza y vio a Niky apuntándole con la pistola de su compañero. La muchacha la sostenía con las dos manos y parecía resuelta a tirar del gatillo.

John se levantó de un salto. La muchacha repitió:

—¡Suelte la pistola de una vez!

Aún titubeó. Luego, dejó caer la automática y en el mismo momento el puño de Johnny, semejante a una roca, estalló en su mentón tirándole de espaldas.

Tras esto recogió la pistola y se la guardó en un bolsillo.

—¡Levántate! —ordenó.

El tipo se levantó, dolorido y rabioso.

El otro también lo intentó, pero Niky le enseñó la pistola y se quedó otra vez muy quieto, gimoteando.

John se acercó al pistolero. Disparó un zurdazo terrible y el otro intentó esquivarlo, y entonces se encontró con el puño derecho en la boca, y buena parte de su dentadura pareció bailotear entre la sangre que se la llenó de pronto.

Volvió a caer sentado. John le descargó un puntapié en plena cara y eso no le hizo ningún bien porque perdió el conocimiento. Su cara desapareció bajo una catarata de sangre.

Niky gritó espantada.

—¡No haga eso usted tampoco!

—¿Olvida lo que hubieran hecho con usted después? Es eso lo que me enfurece... Se volvió hacia el otro, que le miraba inquieto, aún encorvado en el suelo.

—¡Arriba, héroe!

Se levantó con dificultad. John le observó calculadoramente. Luego, lanzó el puño y tras el golpe puso todo su peso, todo su empuje y toda su cólera.

El puño pareció explotar en el pómulo del pobre tipo. Sonó un crujido de huesos rotos y el fulano giró los ojos y se desentendió de los problemas de este mundo.

John se acarició los nudillos de la mano. Tenía sangre en un lado de la cara y el dolor le impulsaba a machacar sin piedad a los dos matones.

Se volvió hacia Niky. Ella aún sostenía la pistola en las manos y él se la quitó suavemente.

—Gracias, linda. Sin tu intervención la cosa pudo haber acabado muy mal.

—Está usted herido...

—Fue el golpe con la pistola. Ahora ya tienen su merecido, pero quiero saber quiénes son ese par de monos...

Se inclinó sobre el más cercano, le registró los bolsillos y se apoderó de la cartera que llevaba. Hizo lo mismo con el otro y yendo hacia el coche examinó los documentos a la luz de los faros.

Se quedó helado al ver una de las documentaciones.

—¡Es un polizonte! —exclamó—. ¡Un sucio y corrompido polizonte!

Ella dio un respingo.

—¡La hemos hecho buena! —gimoteó.

—El otro no sé qué demonios será, pero ese de la cara rota es un polizonte... ¡Qué pueblo éste! Los policías haciendo el trabajo de pistoleros...

—Vámonos de aquí, por favor —suplicó Niky.

—Cuando despierten no se sentirán muy felices. Quizá eso les haga reflexionar. Subieron al coche y él condujo de regreso a la carretera, y por ésta tomó la dirección de la ciudad.

CAPÍTULO IV

—¿No vamos al hotel? —preguntó Niky al ver que el coche pasaba zumbando frente a la iluminada entrada que ya conocía.

—De modo que ahora desea tomar una habitación...

—Ni lo sueñe. Pero me sorprende que sea usted quien ha cambiado de idea.

—Vamos a la jefatura de policía.

—¿Qué? ¡Pare el coche! Ya me he metido en demasiados líos.

—No sea niña. Un polizonte corrompido no quiere decir que vayan a serlo todos los demás.

—¡No quiero nada con polizontes! —insistió la muchacha, frenética—. ¡Pare el coche y vaya usted solo!

—Dígame una cosa, y piense bien la respuesta, preciosidad. ¿Huye usted de la ley?

—¿Y si fuera así?

—Me gustaría saber el motivo.

—Está apañado si cree que voy a convertirle en mi confesor.

—¿Qué hizo, mató a alguien, asaltó un Banco o qué?

—No diga estupideces.

—Entonces iremos a la policía. Usted perdió sus documentos. Bueno, podrá denunciar el asalto de que fue víctima.

—Es curioso, amiguito..., muy curioso.

—¿Qué le parece a usted curioso?

—Que se preocupe de que denuncie el asalto de aquellos tres hijos de perra, y no piense en denunciar el asesinato del hombre del cementerio. ¡Y no diga otra vez esa palabrita francesa o le sacudo!

—Tiene usted un lenguaje muy poco académico, linda.

—Me educaron en una escuela muy dura... y no desvíe la conversación. ¿Qué le parece si denuncio el crimen que descubrí?

—Puede hacerlo, si está segura de que vio realmente ese cadáver. Pero yo en su lugar lo pensaría mucho antes de tomar esa

determinación...

—¡Claro que estoy segura! Lo que usted no quiere que yo mencione para nada es lo sucedido en el cementerio...

El se encogió de hombros.

—Eso es asunto suyo. Sólo piense una cosa: de lo sucedido con esos matones, yo soy su testigo y usted lo es mío de que las cosas sucedieron tal como vamos a denunciarlas. De lo que vio en el cementerio no tiene ningún testigo, ninguna corroboración. Y los polizontes son gente más bien desconfiada, ¿sabe?

—Lo denunciaré. ¡Maldita sea! Es usted quien me lleva a los polis... y diré que le encontré merodeando a las tres y media de la madrugada en aquel lugar.

El suspiró resignadamente.

—Estoy tentado de dejarla abandonada a su suerte... ¿De dónde demonios salió usted? Es dura como el pedernal.

—De Nueva York. Allí una chica sola aprende pronto o acaba tirada en una cloaca. Yo aprendí.

—Ya veo.

De pronto apareció la iluminada entrada de la jefatura de policía. El arrimó el coche a la acera y paró junto a un brillante autopatrulla.

Entraron, y su irrupción en la sala provocó un sobresalto al sargento que dormitaba detrás de una mesa.

—Hola —refunfuñó—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Queremos presentar una denuncia —dijo John—. Se trata de algo grave, por lo que quisiera hablar con el jefe de guardia.

—¿A estas horas un jefe de guardia? Está a punto de amanecer... El alba es una buena hora porque nunca pasa nada. El jefe no vendrá hasta las nueve.

—Llámele por teléfono.

—Ni lo sueñe. No quiero jugarme el cargo. Es un mal asunto volver a patear las calles.

Yo puedo tomar nota de su denuncia, ¿sabe? Estoy aquí para eso.

—Sólo hablaré con el jefe de policía de este pueblo.

El sargento suspiró resignadamente.

—Muy bien, eso es asunto suyo. Vayan ahí y siéntense. El jefe Clifford vendrá a las nueve.

—No me ha entendido. Llámelo o será yo quien haga una llamada a los periódicos de la capital del estado. Tengo amigos allí. Les diré que hemos sido asaltados y secuestrados por dos pistoleros, uno de los cuales era un policía de plantilla de esta jefatura, que se cometió un asesinato en el cementerio de este poblacho, que esta señorita estuvo a punto de ser violada por unos gamberros en la carretera, y que a pesar de eso el jefe de policía se negó a atendernos cuando quisimos denunciar estos hechos. Le apuesto que los diarios aumentan su tirada.

El sargento le miraba boquiabierto.

Niky no estaba menos estupefacta. Había dado por sentado que su compañero era un sinvergüenza, pero semejante actitud batía todos los récords.

El sargento se acordó de cerrar la boca. Sus dientes chascaron como un cepo.

—De modo —farfulló— que uno de nuestros policías les secuestró...

—Y me golpeó con su pistola. Después iban a hacer lo mismo con la señorita.

—¿Sabe su nombre?

—Seguro.

—Bueno, suéltelo. ¿Cómo se llama?

—Sólo al jefe.

—Y que eso tenga que ocurrir en mi noche de guardia...

Atrapó el auricular de un zarpazo, marcó un número y esperó un buen rato.

Al fin dijo:

—¿Jefe Clifford? Habla el sargento Murray... ¡Por favor, no grite, es algo urgente...! ¿Que si yo creo qué...? Naturalmente que sé cuál es mi obligación. Oiga, jefe, tengo aquí a dos chiflados que insisten en denunciar a usted un asesinato, un intento de violación, un secuestro y una agresión... ¿Qué? ¡Le doy mi palabra de que no he bebido una gota!

¿Cómo?... No, señor... Sí, señor... No, señor... Sí, señor...

Apartó el auricular del oído y lo tendió a John.

—Quiere hablarle —anunció.

Johnny tomó el teléfono. Una voz furibunda rugió en su oído:

—¿Qué clase de acertijo es éste, y quién demonios es usted?

—John Mac Donald, de Los Ángeles. Y certifico que es cierto cuanto le ha dicho el sargento. Pero lo grave es que uno de los secuestradores era un policía, jefe, así que venga para aquí y terminemos antes de dar este asunto a la publicidad.

—¡Condenación! ¿Cree que puede zarandearme de un lado a otro? Denuncie todo lo que quiera. Para algo está el sargento de servicio.

—Muy bien, señor. Le recomiendo que lea los periódicos de la capital dentro de un par de días.

—¡Espere un minuto, hijo de perra! ¿Intenta amenazarme?

—No lo intento. Estoy haciéndolo.

—¡Magnífico! No se mueva de ahí.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Mac Donald dijo, devolviendo el auricular al sargento:

—Ya viene en camino.

—Y escupiendo rayos y centellas, como si lo viera. Buena la ha hecho usted.

—No me gusta que me sacudan, sargento. Eso hace que me olvide de mi natural pacífico y bondadoso, ¿sabe?

—Síéntense mientras esperan. Después quizá no tengan oportunidad de ponerse cómodos...

El jefe Clifford era un cincuentón de buen ver, con una incipiente curva en la barriga, ojos abotargados de sueño y mirada de basilisco.

Se detuvo ante ellos cuando penetró como un bólido en la sala de recepción de jefatura.

—¿Usted es John Mac Donald?

—Ajá.

—De modo que me amenazó.

—Necesitaba que viniera. Ha venido y eso demuestra que mi método dio resultado.

—No sabe hasta qué extremo... Sígueme.

Se fue pisando tan firmemente como si marcara el paso. Los dos jóvenes le siguieron hasta un despacho abarrotado de papeles, archivadores metálicos, la bandera americana, otra del estado, retratos de presidentes y gobernadores del pasado...

—Ahora, hablen —dijo el jefe rechinando los dientes y mirándoles como si quisiera fundirles con sus ojos—. Vamos,

suéltlenlo. Después hablaré yo.

—Muy bien, para empezar aquí tiene esas pruebas...

Dejó sobre la mesa las documentaciones de los dos matones y sus pistolas.

—Ésos fueron quienes nos raptaron a la señorita y a mí. Según esta documentación, el tal Stanley Granvy es policía perteneciente a esta jefatura... Fue el que me golpeó primero... y voy a ir a un médico cuando salga de aquí para que certifique mis lesiones.

Luchamos y logramos escapar llevándonos esto como prueba...

—¿Usted venció a dos hombres armados?

—Bueno, ella me ayudó.

Hubo de relatar toda la aventura con detalle. Vio cómo la cara del jefe Clifford se ensombrecía por momentos mientras manoseaba las documentaciones. Luego se puso rojo, y cuando Johnny calló parecía a punto de sufrir un colapso cardíaco.

—Uno de mis hombres... ¡Condenación! Si han mentido van a pasar tanto tiempo en la cárcel que saldrán ancianos de ella.

—Tiene las pruebas sobre la mesa, y esta señorita es testigo de cuánto he dicho. Ellos mismos dijeron que después de ocuparse de mi harían algo con ella. Imagino que no pensaban invitarla a beber un trago.

—¿Y lo del asesinato?

—Ahora le toca a usted —invitó Mac Donald con sorna.

Niky contó su atroz experiencia del cementerio. Esta vez Clifford dio un brinco y rugió:

—¿Pretenden burlarse de mí? ¡A las tres de la madrugada y usted deambulando por el cementerio! ¿Green que soy idiota?

—Me limito a decirle lo que sé.

—¿Qué hacía usted a esas horas entre los muertos?

—Huía de los vivos.

—¿Qué? ¡No le consiento...!

—Huía de tres puercos sinvergüenzas que me asaltaron en un coche. Me arrancaron la ropa a zarpazos... Querían forzarme. Me salvé porque tuvieron un accidente, el coche se estrelló contra un árbol. Huí campo a través y cuando me di cuenta estaba en el cementerio.

—Y allí encontró al hombre muerto, con la lengua fuera.

—Sí.

Clifford se restregó la cara furiosamente.

—Naturalmente, usted no conocía a esos gamberros...

—No. Subí a su coche porque yo hacía autostop. Pero uno de ellos tiene algunos huesos rotos. Se llamaba Rich. Los otros salieron mejor librados, pero han de tener cortes en la cara y las manos... Estaban sangrando mucho cuando los vi por última vez.

—¿Y dónde sucedió eso?

—En la carretera, pero ignoro el lugar exacto. Encontrarán el coche estrellado contra un árbol... En el coche quedó mi maleta y mi bolso... con todo mi dinero, los documentos..., todo.

—Y de allí fue directamente al cementerio.

—Yo sólo huí. Corrí por una pendiente suave. Había hierba, y matorrales. Cuando me di cuenta estaba dentro del cementerio.

Johnny soltó:

—¿Qué le parece, es una denuncia para presentarla a un simple sargento, jefe?

—¡Cállese! Hay muchas lagunas en esta historia.

Descolgó un teléfono y ladró unas instrucciones para el patrullero. Debía buscar un coche estrellado en la carretera, más o menos a la altura del cementerio.

Cuando colgó quiso saber:

—Ahora quisiera que me dijeran cómo se conocieron ustedes a semejantes horas de la noche. Porque imagino que usted no andaba también paseando por el cementerio, Mac Donald.

—Ni mucho menos. Había salido a dar un paseo en coche. Así encontré a la señorita, terriblemente asustada, y corriendo. De modo que me ofrecí a llevarla a Forreston y al llegar fue cuando nos cazaron esos dos esbirros.

Volvió a descolgar el teléfono y envió a otros agentes al cementerio con instrucciones concretas de buscar un cadáver.

Colgó y refunfuñó entre dientes:

—Usted paseando en coche a las tres de la madrugada..., no lejos del cementerio. Y ella en el cementerio a esa hora encontrando cadáveres. Es un lío de dementes. Veamos quiénes son ustedes antes de seguir adelante.

Con un suspiro, Mac Donald mostró sus documentos. El policía enarcó las cejas.

—¡Lo único que me faltaba esta noche! De modo que un

investigador privado de Los Ángeles. ¿Se tomó la molestia de informarse de si su licencia tenía validez aquí?

—No la tiene.

—¡Ajá! Ahora va a decirme que vino de vacaciones... No tenía ningún lugar más divertido que Forresteron en todo el país a dónde dirigirse y decidió venir...

—No.

—¿Cómo?

—Vine para hacer unas averiguaciones.

—Sabiendo que su licencia no tenía ningún valor en nuestro estado...

—Cualquier ciudadano tiene derecho a hacer averiguaciones por su cuenta si con ello no quebranta la ley.

—Usted sabe todas las respuestas.

—Casi todas, por lo menos.

—¿Y usted, señorita?

—Ya le dije que mi documentación quedó en el coche accidentado cuando huí.

—¿Y cómo se llama?

—Niky... Niky Byrnes.

Hubo una breve vacilación antes de soltar el nombre.

—¿De Los Ángeles también?

—Sí.

—Casualidad, claro... Que los dos procedan del mismo sitio quiero decir.

—Ni más ni menos.

Johnny la observó de reojo, porque hasta entonces había dado por sentado que ella procedía de Nueva York.

Por tercera vez, el jefe de policía descolgó el teléfono, sólo que ahora marcó un número exterior y cuando respondieron preguntó:

—¿Hospital Municipal? Habla el jefe Clifford... Hola, señorita Browne. Sólo quiero hacerle una pregunta. ¿Han atendido esta noche un herido de accidente, probablemente con un brazo roto o algo así?... Ya veo..., el hijo del doctor Hildeman, ¿eh?... Y los chicos de los Alterman y los Gerrity... Muchas gracias, señorita.

Colgó. Parecía muy preocupado.

—Esto va a ser un buen escándalo —gruñó entre dientes.

Niky exclamó:

—¡Bueno! ¿Me cree ahora?

—El propio doctor Hildeman llevó a su hijo para que fuera hospitalizado. Un brazo y una pierna rotos, y tres costillas hundidas, aparte magullamiento general y rasguños en todo el cuerpo. Luego, llegaron, otros dos muchachos. Tenían cortes en cara y manos.

Declararon que habían sufrido un accidente.

—¡Ya lo creo que sufrieron un accidente, los muy cerdos!

—Todos ellos son chicos de buena familia.

—¡Cuernos, cómo serán los de las malas!

Por primera vez, el jefe Clifford pareció advertir que sus visitantes estaban de pie.

—Síéntense —gruñó—. Ahora díganme dónde paró el coche en el cual les sacaron de la ciudad.

—No conozco el lugar exacto. Salimos por la carretera del norte. Corrimos como unos quince minutos y luego me ordenaron meter el coche por un camino de tierra, en un bosquecillo. Allí quedaron los dos matones cuando nosotros nos largamos.

—Otro escándalo... Un policía metido en un asunto sucio como éste. Y que conste que aún sigo dudándolo..., hasta que haya interrogado a Granvy.

—Si espera que él confiese de plano...

—No necesito que nadie me enseñe a conducir un interrogatorio.

Johnny se encogió de hombros. Por la ventana entró la primera luz del alba. Bostezó. —¿Qué está haciendo concretamente en Forreston, Mac Donald?— le espetó el policía de pronto.

—Ya se lo dije, unas averiguaciones.

—Eso no es decir nada. ¿Qué investiga?

—Se lo diré si en el curso de mi trabajo descubro que algo relacionado con él es contrario a las leyes.

—Un hermoso párrafo, pero pudo ahorrarse un montón de palabras para decir que no quiere informarme.

—Si yo fuera por ahí hablando de mi trabajo y de mis clientes sin más ni más, no tendría un cliente ni dando dinero encima.

Hubo una pausa, que Clifford aprovechó para encender un cigarrillo. La luz en la ventana se hizo más clara.

—Veamos otro punto —dijo el policía—. Suponiendo, y observe que digo «suponiendo», que el asunto de su rapto sea cierto, ¿qué

pretendían sus raptos? Algo le dirían... ¿Pensaban pedir rescate o algo así?

—Nada de rescate. Todo lo que querían era que yo abandonara Forreton esta misma noche y no volviera jamás. Para que no olvidara sus palabras se proponían machacarme a conciencia y empezaron a hacerlo.

—Ya veo. ¿Está seguro que no quiere hablarme del trabajo que lleva entre manos?

—No puedo.

—Lo sabré por esos dos tipos. Si le ordenaron abandonarlo sería por una razón definida, o lo que es lo mismo, para evitar que usted investigara algo que ellos conocen.

—Es lógico pensar eso.

—Les haré hablar... ¡Y a usted también, Mac Donald!

Nunca he consentido que los forasteros nos traigan la violencia a nuestra comunidad.

—Lo creo. Ya tienen suficiente con sus propios trapos sucios.

—Usted va a encontrarse con muchos disgustos aquí.

Sonó el teléfono. Los agentes que enviara al cementerio informaban de que, ciertamente, allí había un muerto sin enterrar.

CAPÍTULO V

Niky abrió los ojos y contempló el sol que penetraba por la ventana del hotel, mostrando el lujo provinciano de una habitación bien ordenada, limpia y acogedora, algo como ya no suele encontrarse en los inmensos hoteles modernos donde todo es aséptico como en una clínica.

El aire mecía las cortinas. Por la ventana abierta le llegaba el ajetreo de la calle, un rumor suave que no recordaba en nada la turbamulta de Nueva York.

Pensó en los últimos sucesos vividos, pero inmediatamente su mente dio un giro y pensó más bien en el porvenir, y toda la alegría de esa mañana soleada se esfumó. El porvenir no era ninguna fiesta.

Comenzaba a considerar la idea de abandonar la cama cuando oyó la llamada en la puerta. Dio un respingo y exclamó:

—¿Quién?

—Johnny. ¿Puedo entrar?

—¡No!

—¿Es que aún estás acostada?

—Ahora me levanto.

—Esperaré.

Se vistió apresuradamente y abrió la puerta. El llevaba en la mano el propio maletín de la muchacha.

—Lo trajo la policía —explicó Mac Donald al entrar.

Ella miró de arriba abajo aprobadoramente. Ella sintió como si aquella mirada la desnudara y no supo si esa sensación le gustaba o no.

—¿También encontraron mis documentos?

—Naturalmente. Todo estaba en el coche accidentado. Se dieron un buen trasto.

—Lástima que no se rompieran la crisma... Bueno, gracias por traerme todo eso.

Tomó el maletín y se quedó mirando a Johnny como dando por terminada la charla.

Sólo que él parecía tener otras ideas.

—¿Has descansado bien?

—Sí..., pero aún estoy nerviosa por todo lo sucedido.

Dejó la maleta sobre la cama. El dijo:

—Yo he dado ya algunas vueltas aquí y allá, pero puedo invitarte a almorzar. Es más de mediodía.

—Oiga, si todo lo que yo llevaba está en ese maletín, habrá también mi dinero, de modo que puedo pagarme la comida hasta que me vaya.

—No comerás mucho con sólo diez dólares por todo capital...

—¡Maldita sea, ha estado revolviendo mis cosas!

—No te dispaes. Fue la policía. Lo encontraron todo desperdigado por el coche, ¿sabes?

—Bueno, pues con diez dólares tengo para comer hoy.

—¿Y luego?

—Haré otra vez autostop, sólo que tendré cuidado de subir sólo en coches donde viajen matrimonios, o un septuagenario.

El sonrió y sus ojos grises agudizaron aquella extraña mirada desvergonzada que a ella la sobresaltaba cada vez.

—No puedes irte, Niky. La policía va a retenerte como testigo.

—¿Se lo han dicho a usted?

—Seguro. Estuve en jefatura hace menos de una hora.

—¡Dios, en qué lío me he metido!

—¿Peor que el otro?

—¿Cuál otro?

—Lo que fuera que te empujaba a huir.

—Yo nunca dije que estuviera huyendo.

—Pero no querías inscribirte en un hotel, no querías tratos con la policía... A mí no puedes engañarme. Ni tienes por qué preocuparte.

—No estoy preocupada.

—Entonces comerás en mi compañía.

—Está bien, pero luego no se queje. Pienso aprovecharme y engullir más que una leona.

El se echó a reír.

—Te esperaré en el comedor del hotel.

Y se fue.

Media hora más tarde, la muchacha estaba dándole vueltas a la carta, tratando de decidirse por los platos más complicados de la larga lista.

Cuando ambos hubieron decidido, él explicó:

—No han podido identificar al hombre muerto que encontraste. Le habían vaciado los bolsillos.

—Si hablándome de eso pretende quitarme el apetito y que la cuenta le salga barata, está listo, amigo.

—Quiero que sepas cómo están las cosas. Eso por un lado. En cuanto a los tipos que nos llevaron de paseo, están siendo interrogados. El polizone será expulsado, pero además van a procesarle.

—Eso no me interesa.

—Habrá de interesarte porque habrás de declarar como testigo. Por último, los chicos que quisieron abusar de ti en el coche han confesado de plano. De ti dependerá que les encierren un par de meses.

—Por mí pueden enterrarlos... ¡Sucios granujas!

Les trajeron unos aperitivos. Estaban saboreándolos cuando él dijo suavemente:

—¿Por qué les mentiste a los policías respecto a tu lugar de procedencia?

—¿Qué?

—Dijiste que, venías de Los Ángeles.

—Y es cierto.

—No.

—¡Condenado fisgón! ¿Cómo lo sabe?

—Vienes de Nueva York, aunque maldito si comprendo cómo te las arreglaste para llegar hasta aquí en autostop. ¿O hiciste parte del viaje en tren?

—Váyase al infierno, Mac Donald. Aunque me pague la comida, eso no le da derecho a meter las narices en mis asuntos.

—Sólo quiero ayudarte.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—Claro. Nadie hace nada por nada en este cochino mundo.

—Ya veo. Otra vez las viejas ideas de la cama y todo eso.

—No es culpa mía si la vida está organizada de este modo. Los hombres han trazado unas reglas y yo no quiero respetarlas. ¿Es tan difícil de entender?

—Bueno, olvídale entonces. Pero yo en tu lugar pensaría en eso... Los policías no son tan tontos como los pintan en televisión. El jefe Clifford es un traga-niños, pero habrá advertido por tus documentos que tu residencia era Nueva York, no Los Ángeles, y a estas horas estará haciéndose un montón de preguntas al respecto.

—Sí, claro...

—Si me dijeras qué es lo que te hizo huir, quizá pudiera aconsejarte. Soy abogado, ¿sabes?

—¿Abogado? El polizone dijo que era usted investigador privado.

—Y es cierto, pero mi bufete es de abogado en activo.

—De cualquier modo no necesito su ayuda, gracias.

El se encogió de hombros resignadamente.

Comieron apenas sin hablar. Los platos complicados y caros que ella había pedido sólo para fastidiar a Mac Donald ya no se le antojaban tan apetitosos, y en cambio el sencillo pedazo de carne con verduras salteadas que él saboreaba le parecía ahora tan exquisito que a gusto lo hubiera cambiado.

Justo con el café llegó el jefe de policía.

—Hola —gruñó—. Me dijeron que les encontraría aquí.

—Siéntese y tome café, jefe.

—Gracias.

Esperaron a que les hubieran servido. Tras esto, Clifford dijo:

—Quería que supieran que el detective Granvy va a ser expulsado de la policía.

—Eso ya me lo comunicó esta mañana —le recordó Johnny con un brillo extraño en sus pupilas.

—Sí..., ya lo sé. Pero hay otra cosa. ¿Van a insistir ustedes en su procesamiento?

Los dos se miraron. La muchacha indagó:

—¿Somos nosotros quienes debemos decidirlo? A mí me parece que si un individuo hace algo fuera de la ley, debe ser procesado sin más trámite.

—Véanlo desde mi punto de vista. Ésta es una comunidad relativamente pequeña.

Habría un escándalo mayúsculo que no le conviene a nadie...

De modo sorprendente, John Mac Donald decidió:

—Olvídelo. No tenemos ningún interés en procesar a ese hombre.

Clifford suspiró con alivio.

Niky dio un respingo y le miró acusadoramente.

—¡No hable en mi nombre! —protestó—. Ese maldito tipo le iba a machacar, y si a usted no le importa por mí está bien. Pero luego él y el otro granuja pensaban «ocuparse» de mí, y eso no se lo perdono.

Clifford apenas si le prestó atención. Su interés se centraba en Mac Donald.

—¿Qué decide usted? —No habrá proceso, jefe—. Bien...

Niky exclamó:

—¡Esperen un momento...!

—Señorita Byrnes —dijo el policía suavemente—. En lo que a usted atañe, haría bien en olvidar ese proceso..., porque entonces nos veríamos obligados a investigar también el pasado de usted. Si no tiene nada que ocultar, muy bien, siga adelante. Pero en caso contrario...

—Ya veo.

—Decidido entonces —dijo Clifford—. No habrá proceso. Simplemente, para el público el detective Granvy habrá pedido su baja y nosotros se la habremos concedido.

—Y todos contentos —refunfuñó Niky.

—Y ahora el último asunto que me ha traído aquí. Mañana por la mañana se celebrará la encuesta preliminar, ante el *coronar*, de la vista por el asesinato del hombre del cementerio. Usted, señorita, habrá de comparecer como testigo. Hasta el momento el cadáver no ha sido identificado. Desde luego, era forastero. Una vez haya prestado declaración podrá abandonar nuestra ciudad con mis bendiciones. ¿Comprende?

Ella cabeceó, un tanto sorprendida también.

Mac Donald intervino:

—¿Nadie había visto a ese hombre antes de anoche?

—En absoluto. Y no había ningún coche abandonado en ninguna parte, con el cual aquel desgraciado hubiera podido ir hasta el cementerio. Parece como si hubiera llegado allí andando, o caído

del cielo solo para hacerse matar. Sólo hay un detalle que lo hace más intrigante aún... Llevaba una funda axilar para pistola.

—¿Y el arma?

—No se encontró en todo el cementerio.

—Qué cosa más extraña.

—Y usted que lo diga.

Apuró su café, se relamió y levantándose dijo:

—En cuanto a usted, Mac Donald, espero que abrevie también su estancia entre nosotros.

Hizo un gesto de despedida y se fue.

Niky gruñó:

—¡Que me cuelguen! ¿Qué clase de polizontes gastan en este estercolero?

—Modera tu lenguaje, linda. Estás hablando del mismísimo jefe de policía.

—¿Qué jefe ni qué...? Hasta un ciego vería que a ese tipejo le han untado la mano para echarle tierra a todo este asunto.

—Quizá no le han «untado», como tú dices. Es posible que sólo le hayan soplado los oídos.

—No hable en acertijo otra vez.

—Olvídalo. Mañana podrás volver a la carretera y no habrás de preocuparte nunca más por lo sucedido aquí.

—Y yo que pensaba que sólo Nueva York era un basurero...

El rió de buena gana, firmó la nota y dijo:

—He de irme. Te veré esta noche si aceptas cenar conmigo. Necesitarás tus diez dólares de reserva si debes seguir viajando.

—De acuerdo, le esperaré.

Abandonaron el comedor y subieron a sus habitaciones.

Niky se detuvo ante su puerta y volviéndose murmuró:

—Éste... gracias por la comida, Mac Donald.

—Llámame Johnny. Y no debes darme las gracias por nada. Es un placer estar en tu compañía.

—¿Aunque no consiga nada de mí?

El suspiró.

—No empieces otra vez. Aunque tú no lo comprendas, para mí eres lo más fresco y limpio con que he tropezado en muchos años.

Inclinó la cabeza ante el asombro de ella y la besó en los labios.

Fue un beso breve, duro y que a la muchacha le dio la sensación

de un hierro al rojo aplicado sobre su boca. Luego, cuando recobró el aliento, él ya se apartaba y con un saludo irónico desapareció en su habitación.

Poco a poco, Niky abrió su puerta y entró como en sueños. No por el beso. La habían besado otras veces. Pero el beso influía en sus sentimientos porque jamás un hombre, con una caricia tan breve, había alterado tan salvajemente el ritmo de su pulso. Pero estaban aquellas absurdas palabras...

Pensaba en ellas cuando el mundo pareció desplomarse sobre su cabeza y todo estalló en un millón de lucecillas, que luego se apagaron y ya no quedó nada. Sólo la más absoluta negrura de la inconsciencia.

CAPÍTULO VI

Johnny dio otro vistazo al reloj. Luego miró hacia la puerta del comedor del hotel.

De Niky no había el menor rastro.

Se dirigió a recepción y pidió que llamaran a la habitación de la muchacha otra vez, por si había vuelto durante el tiempo que él llevaba esperándola en el comedor.

Unos momentos después, el empleado negó con la cabeza.

—No hay nadie en la habitación de la señorita Byrnes, señor.

—Mire, ella debía haberse reunido conmigo hace casi una hora. Tal vez se encuentre enferma... Suba y de un vistazo a la habitación, por favor.

El hombre titubeó. Si ése hubiera sido uno de los grandes hoteles de gran ciudad hubiera tenido un detective, pero ellos no disponían de ese servicio, y entrar en las habitaciones no era nada que hiciera feliz a un empleado.

Mac Donald añadió:

—Es importante, y también lo es asegurarse de que su equipaje sigue en la habitación.

Eso le dio qué pensar. Si aquella monada se había largado sin pagar estando él de servicio...

Sintió un escalofrío y ya no titubeó.

Tomó la llave maestra y salió del mostrador. Johnny le siguió escaleras arriba hasta la primera planta, y cuando el hombre abrió la puerta y encendió la luz se coló el primero.

Todo estaba en orden, y el maletín sobre la banqueta.

Oyó perfectamente el suspiro de alivio del empleado.

—Se habrá entretenido en cualquier parte —dijo el recepcionista—. Las mujeres suelen tener un sentido de la puntualidad distinto del nuestro, señor Mac Donald.

Éste aún examinó unos minutos más el cuarto. No había el

menor signo de desorden en ninguna parte. Luego se le ocurrió otra cosa y abrió el maletín. El empleado dio un grito, alarmado.

Allí estaban los documentos y los diez dólares, metidos en el pequeño bolso. Volvió a cerrarlo y salió de la habitación.

El recepcionista gruñó:

—No debió tocar el equipaje, señor Mac Donald... Eso pudo costarme el empleo.

—Nadie lo sabrá. Además, quería saber si faltaba algo que yo le regalé.

Era una improvisación sin sentido, pero que tranquilizó al hombre, porque ya no volvió a insistir.

Johnny regresó al comedor y cenó solo y preocupado.

Apenas había terminado, un camarero se aproximó. Le llamaban por teléfono.

Suspiró aliviado. No podía ser nadie más que Niky.

Sin embargo, lúe la voz de un hombre la que oyó a través del auricular.

—¿Es usted Mac Donald? —preguntó la voz.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Eso no importa. Escuché con atención, porque no repetiré una sola palabra. Tenemos a su joven amiga. Hasta ahora no le ha sucedido nada malo, excepto un pequeño golpe en la cresta. Pero lo que le pasará si usted no abandona Forreston esta misma noche... bueno, será algo que no quisiera hacérselo ni a un perro.

¡Espere un minuto, hijo de perra!

—No hay nada que discutir. Usted se larga y se olvida hasta del pueblo, o ella va a pasar por algo muy malo.

—¿Y si me voy?

—La soltaremos. Pero sólo cuando nos hayamos asegurado de que usted desaparece definitivamente.

Sonó un chasquido al cortarse la comunicación.

Johnny colgó y se quedó quieto unos instantes. Una cólera sorda se apoderaba de él como un tumulto.

Cuando salió de la cabina el estallido de cólera empezaba a dejar paso a una reflexión fría y objetiva.

Se detuvo en el mostrador.

—Prepare mi cuenta —ordenó—. Salgo esta misma noche.

Un tanto sorprendido, el empleado le siguió con la mirada

mientras se dirigía a grandes zancadas hacia la escalera.

Cuando volvió a aparecer llevaba su maleta en la mano. Pagó la cuenta y dejó un sobre cerrado sobre el mostrador.

—Guárdelo en la caja fuerte —dijo—. Va a nombre de la señorita Byrnes. Deberá entregárselo cuando regrese. ¿Entendido?

Fue hacia su coche y metió la maleta dentro. Condujo disparado hacia la jefatura de policía y preguntó por el jefe y le dijeron que ya no estaba en su oficina.

No insistió. Entró en un bar y consultó la guía de teléfonos. Así supo la dirección particular de Clifford.

Era una casa de buen aspecto rodeada de césped. Había algunas luces encendidas en el jardín, camufladas entre los arbustos. Un buen lugar para vivir.

Caminó a lo largo del sendero hasta la puerta y llamó.

Abrió una mujer de unos cuarenta y cinco años, elegante con sus ropas de casa. Poseía una belleza serena que el tiempo aún no había marchitado.

—Busco al señor Clifford —dijo Johnny—. Por favor, dígame que me llamo Mac Donald.

Ella sonrió.

—Entre... Le diré que está usted aquí.

Esperó en un alegre vestíbulo. El jefe de policía apareció poco después con el ceño fruncido.

—Nunca recibo visitas profesionales en mi casa, Mac Donald —gruñe—. ¿Qué le pasa, no puede esperar a mañana?

—No, señor. ¿Dónde podemos hablar?

Tras una vacilación, Clifford le guió hasta una pequeña biblioteca. El policía comenzaba a preocuparse, porque la expresión de su visitante era tan sombría como una nube de tormenta.

Sin rodeos, Johnny le espetó:

—¿Consiguió averiguar qué era lo que yo estaba haciendo aquí, jefe?

—Interrogué a ese maldito Granvy y a su socio, pero no obtuve nada concreto.

—Bien, se lo diré... en parte. Estoy investigando algo sucio de la familia Mottling.

Captó perfectamente el sobresalto de Clifford. Sin permitirle hablar añadió:

Ya sé que, para ustedes, los Mottling son intocables. La flor y nata de la sociedad y todo eso. Pero yo tengo un trabajo y quería realizarlo limpiamente. Ahora las cosas se han ensuciado.

—Mire, debe haber un error en alguna parte. Esa familia es intachable. ¡Pero, hombre!

Si el viejo Mottling fue senador, y están aquí desde antes que se fundara Forreston... Dudo que haya en América una familia con más linaje que ellos. Además, poseen una inmensa fortuna, son dueños prácticamente de media ciudad... Nunca he oído nada deshonesto de ningún miembro de los Mottling...

—Deje eso. Investigué la historia de esa gente antes de venir aquí. Pero no son tan limpios como usted cree. Han llegado al crimen para apartarnos de este asunto.

—¿Qué? —El policía se puso rojo—. ¡No le permito semejante estupidez, Mac Donald!

—El hombre asesinado en el cementerio trabajaba para mí. Le mataron. Luego intentaron alejarme con una paliza y de eso ya está enterado. Fallaron, porque yo soy más duro de pelar. Ahora han variado de método.

—¡Espere un momento...!

—Han llegado al rapto.

Clifford pareció a punto de ahogarse.

Johnny añadió:

—Han secuestrado a Niky. O yo abandono el caso y me largo esta noche, o ella muere. Muy bien, voy a marcharme y he venido para advertirle a usted. Mañana ni la muchacha ni yo estaremos en la encuesta...

—¡Espere, maldita sea! ¿Cómo...?

—Me llamaron por teléfono. Los detalles no importan. Esa gente corrompe cuánto toca y ya imagino que no hacen esos trabajos sucios por su propia mano. Para eso tienen perros de presa como los dos que intentaron machacarme. Ahora escuche bien, jefe, porque eso sí es importante. Me iré... Tengo la maleta en el coche, ahí fuera. Pero desde donde sea que me encuentre averiguaré el estado de Niky. Si le han causado el menor daño, aunque sólo sea un rasguño, regresaré aquí y traeré conmigo a la policía federal. Dudo que los Mottling puedan comprar al FBI, pero aun dando por sentado que pudieran hacerlo, les haré pedazos personal mente.

¿Está claro?

—Mire, discutamos eso con calma. No puedo creer que los Mottling hayan hecho eso. Cuénteme qué es lo que investigaba respecto a ellos y...

—No hay nada más que yo deba contarle, excepto lo que ya le he dicho. Si a Niky le ha sucedido el menor daño, se habrá acabado la hegemonía de esa pandilla de puercos degenerados.

Clifford estaba blanco ahora, y la mirada que había en sus ojos era de absoluto desconcierto.

—No comprendo ni la mitad de lo que acaba de decirme...

—Mire, no me venga ahora con historias de risa. Usted debe saber que esa gentuza no son ni la mitad de limpios de lo que pregonan. De lo contrario, ¿quién intervino para que Granvy no fuera procesado? Y no me suelte el cuento del escándalo. No somos niños.

—Bueno... El alcalde me llamó por teléfono. Y sus razones eran perfectamente válidas al referirse al escándalo. El y yo nos presentamos a la reelección este otoño y un escándalo en las filas de la policía podría sernos fatal.

Entonces, alguien apretó las clavijas al alcalde.

—Mac Donald, deje que reflexione con calma, ¿quiere? Me ha soltado usted un chaparrón sin darme tiempo ni a respirar.

—Reflexione todo lo que quiera cuando yo me haya ido. Pero ocúpese de que mañana, o pasado, cuando Niky esté en libertad, yo pueda hablar con ella personalmente en el hotel, porque de lo contrario Forreston aparecerá en todos los periódicos del país, y yo estaré aquí para aplastar a esa nefasta dinastía de degenerados. Eso era todo lo que tenía que decirle.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Clifford soltó un rotundo juramento y trotó siguiéndole hasta el jardín.

—¡Espere un momento, Mac Donald! Si es cierto que han raptado a esa muchacha...

—¿Qué, va a buscarla usted? El alcalde, o alguien de más arriba, le parará los pies antes que haya dado media docena de pasos. Por otro lado..., quizá cumplan su palabra y la suelten si yo me voy.

Atravesó el jardín a grandes zancadas. Cuando el coche estuvo rugiendo calle abajo, Clifford pensó en un montón de cosas que hubiera querido saber...

Empezó a comprender aquella forma diabólica de presentarse Mac Donald. Toda aquella catarata de palabras, de hechos sorprendentes, de amenazas, había sido disparada tanto para que él estuviera enterado, como para aturdirle y evitar así que reaccionar e hiciera a su vez demasiadas preguntas.

Cuando volvió hacia la casa el jefe Clifford empezaba a sentirse desbordado por los acontecimientos. Tuvo el presentimiento de que se avecinaba una mala tormenta, y no precisamente meteorológica.

CAPÍTULO VII

Niky se volvió en la vieja cama donde estaba echada de costado. Atada de pies y manos, y con una dura mordaza en la boca, ya había rebasado el estado de pánico que la dominó en los primeros momentos después de recobrar el conocimiento.

El pánico había dejado paso a una ira burbujeante que la hizo luchar furiosamente por librarse. Todo lo que consiguió fue desollarse las muñecas y acabar agotada y dolorida.

Miró hacia la sólida puerta que cerraba el sótano. Estaba mirándola cuando se abrió y entraron dos hombres, los dos se cubrían las cabezas con pasamontañas. Les veía los ojos a través de los agujeros de aquella oscura prenda, y los labios por la abertura, pero eso era todo. Ambos eran de elevada estatura y aspecto fuerte.

Se aproximaron a ella. Uno traía una bandeja con unos bocadillos y una cerveza.

Fue éste quien le advirtió:

—Vamos a desatarle las manos para que pueda comer, pero no intente nada, no saldría nunca de este sótano. ¿Está claro?

Ella cabeceó.

El otro la incorporó en la cama. Aprovechó para manosearla un poco y luego la libró de la cuerda que sujetaba sus muñecas. Niky empezó a frotárselas porque las sentía insensibles, entumecidas.

El dijo:

—Hiciste el tonto, paloma. Te arrancaste la piel tratando de soltarte.

—Quítale la mordaza y déjala en paz —ordenó el otro con sequedad.

Tan pronto se vio libre de la mordaza la muchacha respiró a pleno pulmón y luego masculló:

—Bueno, pareja de monos, ¿qué esperan de mí, un rescate? ¡Valientes idiotas! No tengo a nadie que pague un solo dólar por mi

libertad.

El que sostenía la bandeja no dijo nada. El otro se echó a reír.

—¿No crees que podrías darnos algo a cambio de soltaría? —
cacareó—. Eres un monumento, nena... Palabra que estás como
para chuparse los dedos...

El otro ladró:

—¡Cierra el pico!

Dejó la bandeja sobre la cama, junto a Niky. Dijo:

—Coma. Cuando termine la ataremos otra vez.

—Preferiría saber qué diablos significa todo esto.

—No le sucederá nada malo si su amigo Mac Donald se larga de
la ciudad y no vuelve. La dejaremos libre y el asunto estará
acabado.

—¿Mac Donald?

—Ya basta de charla. O se dedica a comer o nos llevamos eso
otra vez.

—Está bien.

Comió sólo uno de los bocadillos y bebió la cerveza. Entonces la
ataren otra vez. Antes que pudieran colocarle la mordaza preguntó:

—¿Cuánto tiempo piensan retenerme aquí?

—Hasta estar seguros que Mac Donald se ha marchado.

La amordazaron y volvió a quedar sola. Brillaba una débil
bombilla en lo alto del techo y ésa era la única luz que había en el
recinto.

Niky comenzó a ponerse más nerviosa a cada minuto. Sintió un
sentimiento de claustrofobia y trató de dominarse.

Horas más tarde volvieron a aparecer los mismos individuos, con
los pasamontañas puestos en la cabeza. Le traían de nuevo comida y
una cerveza y se repitió todo el ceremonial de la vez anterior.

La vigilaron mientras estuvo masticando sin apetito. Luego, Niky
dijo:

—Me gustaría fumar un cigarrillo...

Uno se aproximó y le encendió uno. Al mismo tiempo anunció:

—Las cosas van bien para usted, muchacha. Mac Donald se ha
largado. Ella se sobresaltó.

—¿De veras?

—Lo tuvimos vigilado. Pagó su cuenta del hotel, tomó su
equipaje y se fue a hablar con el jefe de policía. Supongo que para

disculpar su ausencia de la encuesta de mañana... porque si le habló del rapto de usted, amiguita, entonces las cosas se pondrán peor de lo que están. Ahora estamos controlando su ruta para saber si realmente regresa a Los Ángeles o no.

—De modo que lo abandonó todo por mí...

—Sabíamos que lo haría. Es de esa clase.

—Si con eso quiere decir que no es un puerco como ustedes, es cierto.

Los dos rieron sin ganas. Ella apuró el cigarrillo y tras esto volvieron a dejarla amarrada y con la mordaza puesta.

El más charlatán le aconsejó:

—Trate de dormir. Aún permanecerá algún tiempo entre nosotros.

—Y aún es posible que yo decida divertirme un poco —aventuró el otro.

Niky se estremeció cuando se cerró la puerta.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba en ese húmedo sótano. No sabía ni si era de día o de noche porque le habían quitado el reloj y cuanto llevaba en los bolsillos.

Comenzó a pensar insistentemente en Johnny Mac Donald. No comprendía por qué él se había rendido a las presiones de aquellos miserables. Después de todo, ella no podía significar nada para un hombre como Mac Donald.

Aunque empezaba a creer que él sí significaba mucho para ella... Pensando en todo eso se quedó dormida.

Johnny se detuvo en una estación de servicio para llenar el tanque de combustible y tomar un café. El alba teñía de gris un firmamento ya de por sí encapotado y que amenazaba lluvia.

Cuando reanudó el viaje lo hizo a creciente velocidad. Había dejado atrás la ciudad de Sylver, y unas horas después que hubo levantado el día entraba en Blue Heigs y allí decidió detenerse.

Fue un día interminable, tenso, que atirantaba sus nervios a cada hora que pasaba.

Luego, a primeras horas de la noche, llamó al jefe de policía de Forreton.

Clifford aún estaba en su despacho y atendió el teléfono sin perder tiempo.

—Aquí Mac Donald —anunció Johnny—. ¿Cómo está la

situación ahí, jefe?

—Tranquila.

—¿No sabe nada de Niky todavía?

—No. Pero ella llamó al hotel para que no se alarmasen con su ausencia.

—¿De veras?

—Les dijo que estaba de excursión. Que regresaría en un par de días.

—Ya veo. Esos tipos saben lo que llevan entre manos.

—¿Desde dónde me llama, Mac Donald?

—Desde Blue Heigs.

—Ha corrido usted mucho.

—Voy a casar la noche aquí. Le llamaré mañana.

—Está bien.

Colgó. No creía que controlaran su marcha a partir de un punto tan lejano como el que se encontraba.

Tomó un cuarto en un motel y luchó por dormir. A pesar del cansancio no lo consiguió hasta muy tarde, porque había una idea que le obsesionaba... Si Niky era liberada, nada le impediría identificar a sus raptos. Tenía carácter suficiente para hacerlo.

Y si ellos no deseaban correr el riesgo de ser identificados...

Tuvo un sueño agitado y poblado de pesadillas.

Luego, casi al amanecer, despertó súbitamente lúcido, y supo lo que tenía que hacer, y cómo hacerlo.

Saltó de la cama y atrapó la guía telefónica.

CAPÍTULO VIII

La siguiente vez que Niky recibió comida y bebida se la trajo uno solo de sus carceleros. Como siempre, llevaba la cara cubierta con el pasamontañas.

—Las cosas van bien, chica —anunció, recostándose contra la pared, mientras ella empezaba a comer—. Su amigo Mac Donald abandonó Blue Heigs y a estas horas está rodando camino de Los Ángeles.

—Entonces, ¿a qué esperan para soltarme?

—Aún queda otro control... Si realmente lo pasa rumbo a Los Ángeles, ya no habrá duda de que ha decidido obedecer.

—¿Y cuándo lo sabrán?

—Esta noche.

—Deme un cigarrillo, no quiero comer más.

El le encendió un cigarrillo y entregándoselo comentó:

—Es usted una chica valiente, Niky, de veras.

—Es usted muy amable, ¿eh?

—Hago mi trabajo, eso es todo.

—Un trabajo de rufián.

—Los hay peores. Y usted pudo caer en peores manos...

—Me gustaría saber qué clase de basura se esconde detrás de todo este lío. Usted debe saberlo.

—Yo no sé nada. No quiero saber nada. Todo lo que debo hacer es cuidar de usted hasta nuevo aviso.

—Está bien, por lo menos no es usted un sucio pulpo como su compañero. Para desatarme ponía las manos donde no debía.

—Por eso arreglé ocuparme yo sólo de usted. ¿Ha terminado?

—Sí..., pero podría dejarme las manos libres. No podría escaparme de aquí después de todo.

—Eso no. También he de cuidar de mí, muchacha.

De modo que la ató a conciencia, amordazándola, y la dejó sola.

Horas y horas de soledad. Sus pensamientos se convirtieron en un torbellino, y en todos ellos predominaba la imagen de Johnny Mac Donald.

A pesar de todo, sabía que no volvería a verle. No podía dirigirse a Los Ángeles con sólo diez dólares en el bolsillo.

Oyó al fin girar la llave en la cerradura y aquel individuo encapuchado entró. Esta vez le traía una sopa caliente y un poco de carne recién cocinada en lugar de los insípidos bocadillos.

—Ésta es su última comida aquí, muchacha —anunció, como si esa circunstancia le aliviara—. Su amigo ha pasado el último control que habíamos organizado.

Ella suspiró con evidente alivio.

—¿Cuándo me dejarán en libertad?

—Esta noche.

—¿Y qué pasará si denuncio lo sucedido?

—Puede hacerlo. Pero no podrá saber dónde estuvo retenida, ni quiénes la raptaron... ¿Qué podrá denunciar en realidad?

—Ya veo.

—Ésa es la razón de que hayamos evitado que nos viera las caras.

—Eso ya lo sé. Se me ocurrió la primera vez que les vi.

—Si hubiera podido reconocer a cualquiera de nosotros, ya puede imaginar cuál hubiera sido su final, ¿no?

Ella cabeceó, estremeciéndose.

—Me habrían matado.

El no respondió. No era necesario tampoco.

Volvió a quedar sola. Ahora que sabía ya que su libertad estaba próxima, las horas se le antojaron mucho más largas.

Nunca supo cuántas transcurrieron hasta que la puerta dejó paso a dos hombres encapuchados.

Sólo que ninguno de los dos era el que tan amistoso se había mostrado con ella. Por contra, uno de ellos era el tipo de las manos largas y las ideas obscenas...

Los ocho cilindros del formidable coche negro zumbaban como un motor a reacción, impulsando el gran vehículo a velocidades prohibidas en todos los códigos de circulación escritos y por escribir.

Relajado en el asiento, Johnny dio un vistazo al reloj del

salpicadero. Marcaba las dos y quince de la madrugada.

Oíros quince minutos más y las luces de la población aparecieron a lo lejos. Disminuyó la velocidad, escrutando los oscuros bordes de la carretera. Así descubrió el desvío y se internó por él. Cuando llegó a las proximidades de los árboles apagó los faros y condujo muy despacio hasta un lugar en el cual dar la vuelta al enorme vehículo y dejarlo enfilado en la misma dirección que había seguido.

Quitó las llaves del contacto y se apeó, aunque no cerró las portezuelas. Tras esto echó a andar campo a través.

Minutos más tarde, las alias y quietas siluetas de los cipreses se recortaron ante él, majestuosos y sombríos. A sus pies se extendía el cementerio.

Johnny saltó la valla. El augusto silencio de los muertos se extendía a su alrededor como algo tangible, como si pudiera tocarlo con la mano.

Se deslizó con cautela tratando de orientarse entre los distintos paseos bordeados de tumbas. Cuando llegó a la zona donde se alzaban los grandes panteones, con sus esculturas inmóviles como grandes fantasmas mortuorios, se detuvo y su exploración se hizo más lenta.

Quince minutos más tarde llegó ante una sólida masa de mármol rosado, con altas esculturas y un jardincillo alrededor.

Aquel panteón era el más grande, el más impresionante de cuantos se erguían en el cementerio. Había una reja de hierro que daba paso a la cripta. La reja estaba cerrada, y Mac Donald se agazapó junto a ella para examinar la sólida cerradura.

En silencio, extrajo de un pequeño estuche tinajas delicadas ganzúas que habría envidiado el más experto revientapisos y comenzó a trabajar. La cerradura era resistente y moderna, y por otro lado Mac Donald no era un profesional del robo precisamente.

De modo que hasta casi media hora más tarde no logró hacerla girar, y para entonces sentía el sudor empaparle la espalda, y hasta el susurro del aire se le antojaba una voz acusadora que viniera a pedirle cuentas por su profanación de aquella morada de la muerte.

Se irguió, guardándose las ganzúas.

En aquel momento oyó algo que no tenía nada que ver con los muertos.

CAPÍTULO IX

—¿Adónde me llevan? —exclamó Niky.

—Cierra el pico. Vamos a darte una sorpresa —dijo el tipo obsceno.

—Déjenme cerca del pueblo... tendrán tiempo de alejarse antes que yo pueda ver siquiera el coche.

Llevaba los ojos vendados y las manos atadas, pero le habían soltado los tobillos para que pudiera andar por su pie. Y ahora el coche corría por una carretera silenciosa y solitaria.

El hombre que manejaba el volante no había abierto la boca desde que la sacaron de aquel sótano, pero el otro era charlatán y sus sucias apetencias se ponían de manifiesto a cada minuto.

—Me dijeron que nadie me, haría daño si Mac Donald se marchaba —le recordó Niky, asustada—. El se marchó, así que, ¿por qué no paran y me dejan en paz de una maldita vez?

—Vamos a soltarte, cariño, pero donde yo pensé. Tengo grandes ideas de vez en cuando y ésta es una de ellas.

Eso no la tranquilizó. El coche dio un bandazo y la muchacha notó que se internaban por una carretera en mal estado, con acusados baches y desniveles.

—¿Sabes una cosa, preciosa? —insistió el hombre que viajaba a su lado en el asiento posterior—. Yo tenía grandes proyectos respecto a ti. Ya te dije que estabas como para chuparse los dedos...

Ella sintió una mano sobre el muslo y se retiró hasta el extremo del asiento. El rió. —No me lo permiten— añadió el rufián—. Tenemos un socio sentimental y se puso duro en ese aspecto. Nada de tocarle. Pero yo también tuve una idea. Una idea divertida.

El otro refunfuñó dejando oír su voz por primera vez.

—¿Por qué no te callas? —Gruñó—. Estás diciendo tonterías.

—Me gusta hablar con esta preciosidad. Después de todo, es sólo una broma más antes de soltarla. Y la idea es mía.

—A alguien puede que no le guste —dijo el chófer.

—Bueno, ¿por qué no? Las órdenes son de soltarla sin hacerle ningún daño..., sin tocarla. Vamos a soltarla y en paz.

El coche se detuvo. Niky oyó abrirse las portezuelas y luego las manos de aquel hombre se posaron sobre su cuerpo como si quisiera ayudarla a salir del auto.

Las esquivó como pudo. Cada vez que él la tocaba se sentía sucia y enfurecida a un tiempo y hubiera querido machacarlo.

—Ahora escucha bien —dijo él—. Te dejaremos atada a un sitio donde te encontrarán por la mañana. Nadie te molestará en todo el tiempo —soltó una risita—. Puedes jurar que ninguno de los que están aquí te pondrá una mano encima.

La obligaron a caminar por un sendero de gravilla. Ella la sentía chirriar bajo sus pies.

—Aquí está bien —dijo el hombre—. Siéntate...

Ella se dejó caer sentada sobre una superficie dura. Apoyó la espalda contra algo semejante a una columna rugosa y notó cómo la ataban a ella con una cuerda.

Sentía frío y miedo. Con voz insegura preguntó:

—¿Qué lugar es éste?

—El sitio más seguro del mundo.

La amordazaron antes que pudiera protestar. Intentó esquivar la mordaza sacudiendo la cabeza y lo único que consiguió fue golpeársela contra aquella columna a que estaba sujeta.

Oyó reír a aquel individuo.

Entonces le quitaron la venda de los ojos. Parpadeó y vio las cabezas cubiertas con pasamontañas que se inclinaban sobre ella.

También vio algo más: las altas siluetas de los cipreses, y las esculturas de los panteones que se alzaban a su alrededor.

Sintió un ramalazo de terror y gimió a través de la mordaza.

Los dos hombres se apartaron. Ella estaba sujeta a la base de una escultura representando el ángel de la muerte.

Quiso chillar y sólo consiguió que unas lágrimas ardientes se deslizaran de sus ojos.

El rufián dijo como despedida:

—Te dije que los moradores de este lugar no te molestarían en absoluto, cariño, aunque pienso que una chica como tú podría levantar hasta un muerto... ¿No es un buen chiste?

Soltó una carcajada.

El otro gruñó:

—Ya hiciste lo que querías. Larguémonos de aquí.

Y se alejó.

El obsceno aún permaneció unos instantes ante la aterrorizada muchacha, y sus ojos parecían brillar como brasas a través de los agujeros del pasamontañas.

—Que te diviertas, cariño —dijo con sarcasmo—. Si sale alguno de los tipos que hay enterrados bajo tus posaderas no le reproches nada, ¿sabes? Estás... Bueno, eso ya lo dije antes.

Hizo un saludo burlón y dio media vuelta para alejarse.

Entonces Niky vio espantada cómo del próximo panteón una sombra cobraba vida. Una sombra alta, recia y silenciosa que saltó como un tigre sobre el rufián. Éste también la vio y el asombro le inmovilizó unos segundos.

Luego, el aparecido lanzó un golpe de abajo arriba que sonó como un tiro contra la cara cubierta con el pasamontañas. Hubo un seco crujido y el hombre se fue dando tumbos hasta estrellarse contra la base del panteón en que habían atado a Niky.

Allí rebulló, aturdido, pugnando por levantarse. La sombra le cayó encima otra vez y dos puños como mazas entraron en acción. Parecían pistones de una máquina de vapor, golpeando, machacando sin piedad la cara de aquel hombre.

Cuando se detuvo, jadeando, bajo el pasamontañas brotaba un torrente de sangre.

La sombra se inclinó sobre él y le vació los bolsillos guardándose cuánto encontró. Tras esto se aproximó a la espantada muchacha y la libró de la mordaza.

—¡Hay otro! —jadeó Niky—. ¡Otro bastardo...!

—Tranquilízate. Tuvo un tropiezo en su camino.

—¡Mac Donald!

—Johnny, ¿recuerdas?

—Usted... ¡Dios, cuánto me alegro de verle!

—Y yo a ti, ángel.

—Quíteme esas cuerdas. Me da dentera estar sentada aquí.

El la liberó en unos instantes. Instintivamente, Niky se le echó al cuello abrazándose a él como a una tabla de salvación.

Johnny la apretó contra su pecho. La obligó a echar la cabeza

atrás y entonces la besó.

Éste no fue un beso breve como el primero, sino que se prolongó una eternidad, mientras Niky pensaba que algo dentro de ella estaba ardiendo, quemándola como una llama, y ese fuego le producía un placer tan profundo, tan dulce, como jamás imaginó que pudiera existir.

—¿Te sientes mejor? —susurró él, apartándola.

—No lo sé...

—Si puedes soltarte sin empezar a chillar, me ocuparé de este par de gorilas.

—Lo mejor que puede hacer con ellos es colgarlos de un árbol... ¡Malditos y sucios hijos de perra!

—Modérate, linda. Hoy en día no se puede ir por el mundo ahorcando gente sin más ni más.

—«Eso» no son gente...

El desapareció en las tinieblas y cuando regresó traía el cuerpo inerte del primer forajido que se había alejado. Lo tiró como un fardo encima del otro y comentó:

—Ahora les veremos las caras.

Les libró de los pasamontañas. Obraba con gestos precisos y tranquilos, con absoluta calma. Niky no supo si asustarse o no por la frialdad de aquel hombre que parecía haberse metido en su propia sangre.

La cara del que recibiera el castigo era una máscara informe, destrozada y sangrante. La del otro pertenecía a alguien muy pálido, de facciones afiladas y nariz aguileña.

—Ninguno ganaría un concurso de belleza —refunfuñó Mac Donald.

Les quitó los cinturones y con ellos les amarró las manos a la espalda. Después hizo tiras sus camisas y con ellas les ató sólidamente los pies.

—Tal como dijo ese individuo —comentó—, a veces hay que seguir las grandes ideas, y acaba de ocurrírseme una genial.

—Déjese de ideas y marchémonos de aquí, Johnny...

—Aún tengo un trabajo por hacer.

—Puede hacerlo en cualquier otra parte. Oiga, ahora que se me ocurre... Esos monos dijeron que usted estaba viajando hacia Los Ángeles. Tenían controles montados para vigilar si usted volvía...

Por eso me soltaron, porque estaban seguros de que había pasado el último de esos controles. ¿Cómo pudo engañarlos?

—Bueno, en realidad yo estaba decidido a llegar a Los Ángeles para que te soltaran. Luego, en Blue Heigs, se me ocurrió una idea. Si vigilaban la ruta debían saber qué clase de coche y qué matrícula identificar. Contraté a un investigador de Blue Heigs y él está viajando ahora rumbo a Los Ángeles en mi auto. Todo lo que hube de hacer fue alquilar otro y volver aquí a todo gas.

—Pero no volvió por mí, sino que se metió en el cementerio.

—No podía hacer nada por ti. ¿Cómo averiguar dónde estabas oculta? Imposible sin contar con muchos más medios de los que yo dispongo, y sobre todo con muchísimo más tiempo. De modo que confié que esos granujas cumplieran su palabra y decidí aprovechar el tiempo con el trabajo pendiente.

—¿Un trabajo en el cementerio?

—Ni más ni menos.

—Eso me parece una broma absurda y macabra.

—No es ninguna broma. Un hombre fue asesinado por este motivo..., el que tú viste. Trabajaba para mí.

Ella contuvo el aliento.

—Entonces... usted estaba aquella noche esperándole a él.

—Sí, y vigilando. No vi nada, sin embargo él fue asesinado. Pero te encontré a ti. Eso me compensó en parte.

—Fue una suerte que me encontrara junto al coche... ¡Qué noche aquélla también!

El sonrió en la oscuridad.

—Te encontré antes —dijo suavemente—. Quise evitar que gritaras y te desmayaste en mis brazos.

—¡Fue usted!

—Claro.

—Y... y yo estaba casi desnuda.

—Deliciosamente desnuda. Por desgracia, a veces me porto como un caballero y te vestí.

—Johnny...

El sonrió y en la oscuridad sus dientes brillaron.

—Hablabamos de todo esto en otro lugar. Un cementerio no es un lugar muy adecuado que digamos para hablar de chicas desnudas.

Agarró a uno de los inconscientes matones y cargándolo sobre su hombro echó a andar.

Con un respingo, Niky trotó tras él, asustada.

—¿Qué va a hacer, Johnny? ¡Quiero irme de aquí!

—Lo siento. Me ha costado mucho conseguir lo que he conseguido esta noche, y un hombre murió por intentarlo. No podemos marcharnos hasta que termine.

—¿Qué tiene que terminar?

El no replicó. Habían llegado delante de un impresionante panteón de mármol rosado. Mac Donald soltó el corpachón del fulano tirándolo como un fardo delante de una sólida reja de hierro.

—Espérame aquí, ángel. Voy a buscar al otro.

Ella se estremeció.

—¿Quedarme aquí, sola? ¡Ni lo sueñe!

Corrió tras él para seguir sus largas zancadas. Luego, volvieron otra vez y el rufián de la cara destrozada aterrizó sin miramientos encima de su compinche. Éste emitió un quejido.

Johnny gruñó:

—Uno que despierta.

Se inclinó, le quitó el pañuelo y se lo introdujo en la boca hecho una pelota.

Tras esto, empujó la reja de hierro y ésta se abrió con un siniestro chirrido.

Niky sintió que se ahogaba.

—¡Eh, Johnny! —gimoteó—. ¿Piensa entrar «ahí»?

—Claro.

—¡Pero no puede hacerlo...!

—No creo que los inquilinos de este palacio protesten.

Y desapareció en la oscuridad.

Niky se quedó sola en compañía de los dos pistoleros. Sintió que le castañeteaban los dientes, que se le erizaba el vello, que dedos helados se deslizaban por su espalda subiendo y bajando.

—¡Johnny!

Su voz apenas se oyó. Luego, en aquel pozo de tinieblas, relampagueó una delgada línea de luz. Uno de los pistoleros se agitó a sus pies.

La muchacha dio un salto y se precipitó hacia las profundas tinieblas del reino de la muerte.

CAPÍTULO X

El interior del panteón tenía cierto parecido con una pequeña capilla. Había un reducido altar al fondo, y a los lados unas ornacinas en las paredes conteniendo polvorientos ataúdes, aunque muy sólidos y lujosos.

Niky temblaba viendo cómo el dedo de luz de la pequeña linterna recorría uno tras otro aquellos ataúdes de maderas preciosas.

—Pero, Johnny, ¿qué andas buscando?

—Un hombre muerto.

—Estás loco... No necesitas meterte aquí para eso. Sólo consulta los registros y...

—Los registros dicen que fue enterrado aquí el 9 de marzo.

—¿Entonces...?

—Éste es.

La luz descubrió una inscripción:

KENDALL MOTTling, JR.

1945-1976

El ataúd de oscura caoba tenía tantos adornos de plata que más parecía un coche de lujo. Los dedos de Mac Donald acariciaron las elegantes cerraduras.

Niky dio un grito.

—¡No pensarás abrirlo! —jadeó.

—Justamente eso es lo que voy a hacer.

—¡Pero ese pobre hombre lleva enterrado más de seis meses!

—Seguro.

—Yo me largo de aquí.

—Puedes hacerlo.

—Johnny, por tu madre, por lo que más quieras, no hagas eso...

—Vete arriba y espérame.

—No quiero quedarme en compañía de esos dos monos...

—Entonces quédate aquí.

El estaba manipulando las cerraduras con algún instrumento que la muchacha no pudo ver.

Cedió la primera sin dificultad. Estaba trabajando en la segunda cuando Niky gimoteó:

—¿Por qué estas cosas sólo me ocurren a mí? Debí haberme quedado en Nueva York...

—A estas horas estarías en la cárcel.

—¿De qué hablas?

—¿Por qué huiste de Nueva York, si no había nada contra ti? Y no me digas que decidiste cambiar de aires sólo por capricho.

—Johnny..., te lo diré si dejas en paz a ese pobre muerto.

—Nadie va a turbar el sueño del que reposa ahí..., pero puedes contarme tu historia entretanto.

—¡Quiero salir de aquí!

—Nadie te lo impide.

La segunda y última cerradura cedió. El levantó la tapa de un empujón.

Niky soltó un berrido y retrocedió con los ojos cerrados.

—¡No quiero verlo! —gimoteó—. ¡No quiero ver «eso»! Tanto tiempo enterrado... debe estar hirviendo de gusanos...

—Hay una envoltura de zinc y no se ve maldita la cosa.

Ella suspiró y abrió los ojos. A la luz de la linterna vio que era cierto cuanto él había dicho. Una tapa de zinc sellaba el interior del ataúd.

—Afortunadamente —dijo él—, ya pensé que habían utilizado este sistema.

—¡Eh, estás cometiendo una profanación!

—Le pediré disculpas al muerto si es así.

Se guardó las ganzúas y sacó un pequeño cuchillo. Con un golpe seco lo clavó en el zinc y comenzó a forcejear para cortarlo.

Niky sentía como si fuera a desmayarse de un instante a otro. Por instantes, siniestras imágenes tomaban forma en su mente. No le hubiera sorprendido en absoluto ver salir una mano engarfiada por la abertura que Johnny estaba haciendo en el zinc, una de esas manos como garras que una ve en el cine de terror...

Al fin, él se dio por satisfecho. Agarró el extremo del zinc cortado y lo levantó sin ceremonia alguna, desgarrándolo de arriba abajo.

Luego, tomó la linterna y la enfocó al interior del ataúd.

Los dientes de Niky producían un castañeteo audible en el silencio que les envolvía. El gruñó:

—Vaya muerto más raro.

—¡Vámonos, Johnny, por tu madre!

—Ven aquí y mira eso.

—¡Que me muera si lo hago!

—No seas niña. Aunque hubiera un muerto, no te reprocharía nada.

Ella tardó unos segundos en captar el significado de aquella frase.

—¿Aunque hubiera...? ¡Johnny! ¿Quieres decir que el ataúd está vacío?

—Casi. Ven aquí.

Paso a paso ella se aproximó. Alargó el cuello, tensa, como si estuviera a punto de echar a correr según fuera lo que yacía allí dentro...

Todo lo que contenía el ataúd eran dos bultos regulares, sobre el increíblemente lujoso acolchado.

—¿Qué..., qué es eso, Johnny?

—Arena. Entre los dos sacos deben pesar poco más o menos como un hombre normalmente desarrollado.

—¡Dios! ¿Quieres decir que enterraron dos sacos de arena con todo el ceremonial de una persona?

—Ni más ni menos.

Johnny agarró los dos sacos y los llevó detrás del altar.

—Alguien va a llevarse un buen chasco...

Empujó a Niky escaleras arriba, hasta respirar el quieto aire nocturno.

De los dos rufianes, uno estaba ya plenamente consciente y se retorció intentando desatarle.

Johnny le aconsejó amablemente:

—No conseguirás librarte, así que hazme caso, tómallo con calma o te arrancarás la piel a tiras para nada.

El hombre intentó hablar a través del pañuelo que le llenaba la

boca.

Sin hacerle caso, Johnny le agarró por los cabellos y a rastras lo llevó escaleras abajo. Luego volvió a subir para bajar al otro. Niky susurró:

—¿Piensas dejarlos ahí?

—Seguro. Cuando ese tipo despierte seguro que se sentirá asombrado de mi gran idea. El quiso dejarte a ti sujeta a un monumento funerario... Espero que sepa apreciar el lado divertido de la broma.

Y desapareció en la oscuridad.

Una vez abajo, levantó al inconsciente matón y lo tiró dentro del vacío ataúd. Estiró todo lo que pudo la plancha de zinc, y luego colocó la tapa. Ésta no encajó ni mucho menos porque el zinc retorcido la sostuvo elevada, pero no era intención de Mac Donald dejarlo que se ahogara dentro del sarcófago.

El otro, tumbado cerca del altar, emitía unos ruidos muy raros con su boca llena de tela. Sin prisas, Johnny atrapó una gruesa correa que había en un reclinatorio. Debía ser de las utilizadas por los sepultureros. Sin una palabra ató las piernas del pistolero al pie del altar y contempló un momento su obra.

—Espero que alguien os encuentre pronto, porque de lo contrario las generaciones venideras de Mottling se volverán locas tratando de saber a qué miembros de la familia pertenecen vuestros dos esqueletos sin clasificar...

Se fue y detrás de él quedaron los agónicos quejidos del rufián.

Llegó arriba, cerró la sólida reja mediante las ganzúas, tomó a la muchacha del brazo y echó a andar.

Niky aún seguía temblando.

—Algo debe andar mal en tu cabeza —le espetó—. Ningún hombre en sus cabales se metería de noche en ese sitio... y haría todo eso sin alterarse siquiera.

—¿Sabes conducir?

—¿Qué?

—Si sabes conducir un coche.

—Naturalmente.

—Llevarás el que yo traje hasta el hotel. Te instalas en tu habitación y esperarás allí.

—¿Y tú?

—Yo llevaré el auto de estos monos lejos del cementerio. No quiero que encuentren su pista demasiado pronto.

—No lo entiendo, no te hicieron nada a ti... ¿Por qué sientes tanto odio por ellos?

—Por lo que querían hacerte a ti.

—¡Oh!

—Probablemente el empleado te entregará un sobre. Lo dejé para ti antes de marcharme porque entonces no sabía si volvería o no... Bueno, contiene algún dinero. —¡Johnny! ¿Tú hiciste eso?

El sonrió.

—Pensé que si te dejaba ese dinero, y te lo entregaban cuando yo ya estuviera en Los Ángeles, lo tomarías porque no tendrías miedo de que yo quisiera acostarme contigo a cambio.

—¡Johnny, eres maravilloso!

—Sí, eso ya lo sé.

—Además, eres un fanfarrón.

El se echó a reír.

—Mira, ahí está el coche. Ten cuidado con él. Es un «Lincoln» último modelo, de ocho cilindros, que vale una fortuna y no me pertenece.

Repentinamente, ella se empujó sobre las puntas de los pies y le echó los brazos al cuello. Su boca se estrelló casi con furia contra los labios de él y esta vez el beso fue algo nuevo, como ninguno de los dos había experimentado nunca.

Luego, cuando la muchacha se dirigió al coche con las llaves de contacto en la mano, no sabía si flotaba en el aire o si las alas de un ángel la sostenían en una nube.

CAPÍTULO XI

Amanecía casi cuando unos suaves golpes en la puerta hicieron dar un salto a Niky. Se levantó de la cama y susurró junto a la puerta:

—¿Quién hay ahí?

—Johnny. Acabo de llegar.

Sin pensar, de modo instintivo, ella abrió. Mac Donald entró y cerró a sus espaldas.

Sólo entonces, Niky cayó en la cuenta de que sólo llevaba uno de esos camisones veraniegos que llegan justo a los muslos y son tan finos y transparentes como un cristal. Dio un gritito y quiso retroceder.

La mano de él la atrapó por el brazo, inmovilizándola.

—Despacio, ángel. Así estás bien para levantar el ánimo de un caminante agotado.

—¿De qué hablas?

—Anduve mil millas esta noche. No debí llevar el coche de esos monos tan lejos.

—Suéltame..., deja que me vista.

—A oscuras no se ve nada.

—Pamplinas. Yo te veo a ti.

—Entonces es que tienes ojos de gato.

—Johnny, por favor...

—¿Te dieron el sobre?

—Sí...

—Y lo aceptaste.

—Bueno, no sé aún...

—Te quedarás con el dinero. Y yo me quedaré contigo.

—¿Qué diablos te pasa? Estás portándote como uno de esos granujas.

—Me siento un granuja agotado, hecho migas. Deja que me

tienda en la cama para descansar un poco.

—¡Que me cuelguen si te lo permito! Ésta es la habitación de una señorita.

—¿Y por qué crees que estoy aquí?

—Johnny, voy a darte con algo en la cabeza.

El tiró de ella y aplastó su boca con otro beso que la hizo sentirse poco menos que flotando en el espacio.

—Ángel, eres una tramposa, pero me he enamorado de ti.

—¿Qué estás diciendo?

—Está claro, quiero decirte que te quiero, Midge.

Ella dio un brinco.

—¿Qué nombre dijiste?

—Midge Dean. ¿No es el tuyo?

—Pe... pero...

—Hice algunas averiguaciones por teléfono desde Blue Heigs. Tengo contactos en Nueva York. Así supe que estabas viajando con la documentación de tu compañera de apartamento. Ella te ayudó, pero déjame decirte que fuiste una estúpida al huir. —¿Lo sabes... todo?

—Sí.

—¿Lo de...?

—De Lester Perry. Le detuvo la policía y cantó más que una soprano.

Ella sintió que le flaqueaban las piernas y se dejó caer sentada sobre la cama.

El prosiguió:

—Confesó de plano. Se sirvió de ti para conocer todo lo que necesitaba sobre los almacenes donde trabajabas. Así organizó el robo y todo lo demás.

—¡Fue espantoso! Yo creí que iban a acusarme de complicidad y perdí la cabeza.

—La policía quiere interrogarte, por supuesto, pero no hay la menor acusación contra ti porque Perry confesó de la A hasta la Z, así que ya no necesitas seguir huyendo.

—¡Oh, Johnny...!

—Te llevaré de regreso a Nueva York para dejar solucionado tu problema. Te asesoraré como tu abogado y luego vendrás conmigo a Los Ángeles. Nena, en este asunto estoy portándome como el

arcángel San Gabriel. Ni yo mismo me conozco.

—Ningún arcángel hubiera encerrado a dos desgraciados en una tumba.

El pensó en el que estaba metido en un ataúd. Sonrió.

—¿Cuándo iremos a Nueva York? —quiso saber la muchacha.

—Aún tardaremos un poco. Dos o tres días a lo sumo. He de solucionar mi propio negocio primero.

—Johnny, ¿de veras te has enamorado de mí?

—¡Caray! ¿Por qué crees que estoy haciendo el tonto?

—¡Johnny, por tu madre, habla en serio!

El hizo algo más que hablar. La enredó entre sus brazos y en la oscuridad sus bocas se encontraron una y otra vez. Bajo sus manos, él sentía el suave contacto de aquella piel tibia y suave y ya no pensaba en si estaba haciendo el tonto o no.

Ella se dejó deslizar hacia atrás, su boca ardiendo con aquella llama que parecía arder en su propio corazón.

Ni siquiera se dio cuenta de que el alba penetraba por la ventana abierta, como un curioso fisgón de aquel amor que había nacido, justamente, en el reino de los muertos.

CAPÍTULO XII

Era más del mediodía cuando a Midge la despertaron unos golpes en la puerta. Se volvió de lado, runruneando. Los golpes se repitieron.

Despertó y se incorporó de un salto. Estaba sola en la cama, naturalmente, y en los primeros instantes se preguntó si todo lo sucedido, o que pensaba que había sucedido, era realidad o un sueño de los que se esfuman al abrir los ojos a este sucio mundo.

La llamada en la puerta la convenció de que, ahora, estaba bien despierta.

—¿Quién? —exclamó.

—Clifford.

Saltó de la cama y se envolvió en una bata. Sintió cómo se ruborizaba hasta las uñas de los pies al advertir que estaba completamente desnuda.

Cuando se hubo ceñido la bata abrió. El jefe de policía entró mirándola como si quisiera atravesarla de parte a parte.

—¿Cuándo regresó, señorita Byrnes? —le espetó por todo saludo.

—Anoche.

—Y no se le ocurrió que debía denunciar el rapto de que había sido objeto.

—¿Cómo lo sabe?

—El señor Mac Donald me advirtió antes de marcharse a Los Ángeles. Ahora, quiero saber todo lo que pasó.

Ella titubeó. No sabía si contar toda la verdad, o dejar a Johnny al margen.

—Me raptaron —dijo, vacilando—. Pero no sé quiénes eran, ni dónde me tuvieron todo el tiempo. Dijeron que si Johnny se marchaba me soltarían. Bueno, me soltaron y regresé.

—Así de sencillo, ¿eh?

—Claro.

—Debe haber algo más. ¿Quiénes la soltaron, adónde la llevaron?

—Al cementerio.

El jefe Clifford dio un salto.

—¿Otra vez?

—¿Qué quiere? Estoy predestinada a ese sitio.

—¿Y qué pasó allí?

Por alguna razón que sólo ella hubiera podido saber, Midge sentía una alegría burbujeante dentro de ella, como si brotando de su corazón le recorriera hasta la última fibra de su cuerpo.

—Jefe, fue la cosa más rara de cuantas me han ocurrido nunca. Aquellos dos granujas me ataron a una estatua.

—¿Y luego?

—Entonces, una sombra apareció. Fue como si surgiera de una tumba, ¿comprende? Aporreó a los dos bandidos hasta dejarlos sin sentido. Luego me desató, cargó con los tipos y desapareció.

Clifford creyó que se ahogaba.

—¿Quiere burlarse de mí? —rugió a borbotones.

—Desde luego que no. Estoy diciéndole la verdad. Registren el cementerio. Debe haber dos hombres muy mal parados en alguna parte.

—¡Está burlándose del jefe de policía! ¿Se da cuenta, o es usted idiota, muchacha?

—No soy idiota. Vayan al cementerio y regístrenlo.

Clifford recordó que tampoco había creído a aquella chica cuando le dijo que en el cementerio había un hombre asesinado, y luego resultó que era cierto.

Titubeó.

—¿Les vio las caras, podría reconocer a esos hombres?

—No, señor.

—¿Y a esa sombra que dijo que peleó con ellos? Y no me diga que fue un aparecido, un fantasma o algo así porque la encierro.

—Tampoco pude verlo bien. Estaba muy oscuro, jefe.

—¿Qué le dijeron mientras estaba en su poder, qué hicieron?

—Me trataron bien, dentro de lo que cabe. Sólo me utilizaron para que Johnny abandonara la ciudad.

—¿Johnny?

—Mac Donald.

—Ya veo... ¿Cuándo intimaron tanto?

—¡Oh!, eso fue una de esas cosas, jefe, ya sabe.

—Usted me deja helado, señorita. No salga del hotel, quiero tenerla a mi alcance en todo momento. Y si ha estado divirtiéndose a mi costa con esa fábula del cementerio va a pasar una temporada muy incómoda.

Abrió la puerta y salió bufando.

La muchacha sintió ganas de reír, de danzar o dar saltos. Se sentía tan ligera como el aire, tan feliz como un pájaro en primavera.

Entonces llamaron otra vez a la puerta.

Seguro que esta vez era Johnny. Se preguntó qué actitud debería adoptar con él después de lo sucedido durante la noche.

Decidió que la iniciativa debería partir de él y abrió la puerta.

Así se encontró con el desconocido, y con la pistola que la apuntaba con su negro ojo de muerte...

CAPÍTULO XIII

Rastrearono todo el cementerio palmo a palmo. Policías escépticos y enfurruñados que sentían ganas de patearle la cabeza a su propio jefe por ese absurdo trabajo.

No encontraron ni el menor rastro de dos individuos heridos. El cementerio continuaba siendo un lugar de paz y sosiego.

Clifford se daba a todos los diablos mientras esperaba que se retiraran sus hombres. Uno tras otro, los coches se alejaban llevándose a su gente, una gente que durante los días siguientes, en voz baja, en sus grupos, se reirían de él a mandíbula batiente.

Entonces vio llegar el impresionante «Lincoln». No conocía aquel coche, no los había en Forreton de tanto lujo y tanta potencia.

Pero cuando Johnny Mac Donald descendió del vehículo, el jefe Clifford sintió que le temblaban las piernas de ira. Todas sus dificultades se habían iniciado con la llegada de ese tipo y de aquella loca que parecía haberse abonado a las noches del cementerio...

—De modo que ha vuelto —barbotó.

—Supe que estaban registrando todo esto. Pensé que podía echarles una mano.

Clifford miró en torno temeroso de que alguien escuchara a aquel tipo.

—No necesito su ayuda, Mac Donald. Más bien al contrario.

—Escuche, presumo que no han encontrado nada, ¿eh?

—En absoluto. Su amiga está chiflada.

—No sé lo que ella les dijo. Pero si yo estuviera en su lugar daría un vistazo al panteón de los Mottling, jefe. Recuerde que yo vine a causa de esa gente.

—¿Y qué infiernos tiene que ver ese panteón con sus investigaciones?

—Es sólo una posibilidad. ¿Quién guarda la llave, el cuidador

del cementerio?

Clifford trató de captar el significado de lo que el forastero embrollón insinuaba.

—Muy bien —gruñó—. No quiero que quede nada por explorar. Pero después le calentaré las orejas a su amiguita, Mac.

—Es un encanto, ¿no le parece?

—¡Váyase al infierno!

Dio una voz y un sargento que esperaba se aproximó trotando.

—Pídale al guardián del cementerio la llave del panteón de los Mottling. Que la traiga él para abrir la puerta.

Clifford y Johnny echaron a andar. Minutos más tarde, un malhumorado guardián abría la sólida reja del panteón y todos entraron en la sombría cripta.

Clifford lanzó un sonoro juramento al descubrir el ataúd abierto. Pero aún gritó con más colara cuando vio lo que contenía.

Incluso Johnny sintió que se le erizaba el pelo. El hombre de la cara machacada que él metiera allí dentro tenía ahora el pecho cubierto de sangre y estaba muerto.

Miró instintivamente hacia el oscuro rincón del altar. El bulto de otro cuerpo hecho un ovillo estaba allí. Para emplear una frase estereotipada, nadaba en su propia sangre.

El sargento exclamó:

—¡Los han acuchillado de mala manera, jefe!

—Vaya a la oficina del cementerio y llame a jefatura.

Quiero discreción, sargento. Absoluta discreción. Que vengan los peritos y el médico forense y nadie más. Y nada de sirenas. No permitiré el menor alboroto en este asunto.

El sargento se fue zumbando, alegrándose de abandonar aquel lugar de pesadilla.

—Usted sabía algo de eso, Mac Donald, por eso me hizo venir aquí... Ya puede empezar a hablar, y procure contar una historia convincente.

El rostro de Johnny semejava una máscara tensa llena de cólera. Durante unos instantes no pudo hablar. Luego murmuró:

—Juro que no imaginé en ningún momento que sería «eso» lo que encontraríamos...

—Ya es hora de que yo sepa qué negocio se trae entre manos. Un negocio que ya ha causado tres muertes, Mac Donald.

—Déjeme pensar... Alguien vino aquí y descubrió que ese ataúd vacío ya no era un secreto...

—¿Cómo vacío? No me dirá que ese fiambre es un espejismo.

—Eche un vistazo a la inscripción.

—¿Qué?

—Lea eso.

Clifford leyó. Y su estupor le dejó mudo.

—¡Sacaron los restos de Kendall Mottling! —tronó enfurecido.

—Jefe, Kendall Mottling jamás reposó en este ataúd. Ésa es la razón de que yo viniera a Forreton.

Clifford creyó que iba a estallar.

—¡Está más loco que esa chiflada que tiene en el hotel! Yo mismo asistí al entierro, y la mitad de los habitantes de Forreton conmigo, con el alcalde a la cabeza. ¡Y ahora me sale con que no le enterraron!

—Sepultaron un ataúd cargado con dos sacos de arena. Eso simulaba el peso de un cadáver. Además, era un ataúd sellado con una funda de zinc soldado. Los sacos de arena están detrás del altar, Clifford, compruébelo.

—Va usted a contarme todo esto de una maldita vez, Mac Donald. Ahora. ¿Entiende? No le permitiré más evasivas, sea usted detective privado, abogado o el mismísimo presidente de la nación.

—Iremos a casa de los Mottling, jefe. Yo esperaba que llegaran ciertos caballeros... El fiscal general del Estado, y un representante del Tribunal Supremo. Pero ahora ya no podemos esperar. El asesino debe haber perdido la cabeza para hacer eso.

—Pero ¿sabe usted quién diablos ha cometido esta carnicería?

—Por supuesto. Vamos, iremos a buscar a Midge y cuando hayamos terminado, ella y yo podremos marcharnos de una vez.

—¿Quién infiernos es esa Midge?

—Usted la conoce como Niky.

Clifford se llevó las manos a la cabeza. No le hubiera sorprendido que se le cayera al suelo.

Esperaron la vuelta del sargento y luego ellos dos se alejaron a buen paso. Johnny propuso viajar juntos en el «Lincoln», y así emprendieron el camino del hotel.

Durante el trayecto, Mac Donald explicó:

—Entré en este asunto a causa de una anciana. Era una mujer

pequeñita, patética.

Tenía setenta y cinco años y hasta unos meses antes de venir en mi busca había vivido con holgura en compañía de su marido, un hombre de su misma edad. Los dos trabajaron toda su vida y reunieron unos ahorros que les garantizaban un final sin problemas, sin estrecheces. Nunca desearon ingresar en una institución de asilo de ancianos. Tenían su casa y querían vivir juntos hasta el fin de sus días, como habían vivido siempre.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Cuando esa mujer vino a verme, su marido había muerto de un ataque al corazón y ya no les quedaba nada, ni siquiera la casa. Todo lo perdieron cuando Roland Enterprisess se hundió. Sus ahorros estaban en títulos de esa entidad.

—Sigo sin entender una palabra.

Como si no le hubiera oído, Johnny prosiguió:

—Aquella mujer me trastornó. Hubiera aceptado el caso aunque no me lo hubiese pedido. Cuando la colosal corporación capitalizadora se hundió en el descrédito, se descubrió que sólo había sido una gigantesca estafa. Millares de gentes modestas se arruinaron, y millones de dólares desaparecieron como por arte de magia. Detuvieron a un interventor, el presidente desapareció y hubo un escándalo mayúsculo. Luego, se empezó a echar tierra al asunto y en menos de un año la cosa quedó sepultada en los tribunales, mientras algunos policías aburridos intentaban sin mucho interés reunir mayor información sobre el tremendo fraude.

—¿Y qué tiene eso que ver con los Mottling?

—Kendall Mottling fue quien «evaporó» los fondos de los que habían confiado en la corporación.

—¿Mottling? ¡Usted está loco! Tienen dinero suficiente para no tener que recurrir a una estafa semejante.

—No, jefe, no lo tienen. Entiéndame... Son ricos..., lo que para ellos no significa nada. Usted, con su fortuna, sería rico, y yo también. Pero los Mottling han vivido en la cumbre desde generaciones. Una cumbre dorada donde corre el dinero como agua. Kendall Mottling vivía incluso con más boato en Los Ángeles. Yates de gran tonelaje, un palacio en las Bahamas, temporadas en Europa, juego en la Costa Azul, en Mónaco, queridas que cuestan una fortuna ellas solas... Posee una quinta en Nueva York que vale siete

millones, otra en Miami que le anda a la zaga, y un rancho en Arizona, y otro palacio en el Valle del Sol...

—Siga —la voz de Clifford sonó como un balido.

—Ideó ese truco de la corporación de ahorro, puso un hombre de paja y se embolsó tantos millones que se asustaría usted. Luego, se supo que había muerto, de modo que las sospechas sobre él se enfriaron y cuando alguien movió algunos hilos ya nadie pareció tener mucho interés en continuar adelante. ¿Para qué iban a llevar un cadáver ante los tribunales?

—Pero los Mottling...

—Era el descrédito más absoluto, Clifford, piénselo. El deshonor, el verse pasto de los periódicos sensacionalistas, con el heredero del nombre arrastrándose por los tribunales. Todo su prestigio se vendría abajo de un golpe, el prestigio y la alcurnia atesorada durante generaciones... Bueno, idearon que Kendall desapareciera y gracias a su influencia y a su fortuna les salió bien.

—Es una historia de locos...

—Sólo aquella anciana no se rindió. Ella hacía responsable a Kendall Mottling no de la pérdida de sus ahorros, sino de la muerte de su marido, del hombre que compartía su ancianidad, sus últimos asomos de ternura. Por ella inicié esta investigación por mi cuenta. Me costó más de tres meses de trabajo antes de venir aquí.

—¿Y todo eso lo paga una vieja arruinada?

Johnny tardó un poco en replicar.

Al fin dijo:

—Aquella vieja, jefe, como usted la llama, no podía pagarme... no hubiera podido de cualquier modo. Murió al cabo de una semana de hablar conmigo.

Clifford sintió un escalofrío y miró de reojo el salvaje perfil del extraño individuo que en esos momentos estacionaba el coche frente al hotel.

Pensó para sus adentros que no le hubiera gustado que por nada del mundo tuviera a ese tipo por enemigo...

Subieron a la habitación de la muchacha cuando ya cerraba la noche. Mac Donald llamó con los nudillos. Tras un silencio la voz de Midge, quebradiza, preguntó algo.

—Soy Johnny. Abre la puerta, linda.

Hubo otra pausa. Luego, la puerta se abrió y Johnny dio dos

pasos adelante antes de descubrir, primero, la lívida cara aterrorizada de la muchacha. Luego vio al hombre y se puso rígido.

El hombre de la pistola ordenó:

—¡Entre, Mac Donald, o disparo contra la espalda de su amante!

En el pasillo, Clifford quedó inmóvil, a un lado de la puerta.

Johnny cerró lentamente a sus espaldas. El pestillo no encajó, pero el hombre de la pistola estaba demasiado tenso para advertir ese detalle.

—Ha tardado usted mucho, Mac Donald —gruñó—. Su amiguita estaba a punto de desmayarse.

—Claro. Usted es Kendall Mottling si no me equivoco.

—No se equivoca. Únicamente se equivocó cuando metió su puerco hocico en este asunto.

—Habla usted como lo que es, un vulgar estafador, y no como un aristócrata, Mottling.

—Colóquese ahí, junto a la pared.

La pistola llevaba un silenciador. Si disparaba nadie en el hotel oiría los disparos. La única esperanza estaba en el jefe parado allá fuera.

Johnny se deslizó hacia la pared. Sus ojos de halcón vigilaban hasta el furioso palpitir de una vena del cuello del asesino.

—Usted mató a sus dos hombres en el panteón, Mottling.

—Nadie que descubra el secreto del ataúd vivirá...

—Habrà de matar a todos los habitantes de Forreston entonces, porque la policía está allí a estas horas. Y luego habrá de extender la matanza al resto del país, cuando todos los periódicos cuenten la historia. No sea tonto, Mottling, lárguese de aquí y no cometa más estupideces.

—¡No me iré sin haberles matado, Mac Donald! Ustedes han estropeado un plan perfecto.

Levantó más la pistola. Johnny pensó en lo lejos que estaba de su mano la pistola que llevaba en la axila.

En aquel instante, sonó un estruendo y la puerta se abrió de golpe. Clifford apareció con un revólver en la mano y gritó:

—¡No dispare, Mottling, suelte esa arma!

Kendall Mottling se revolvió como una serpiente. Disparó sin vacilar y Clifford dio un salto, retorciéndose y aullando.

Johnny dio un empujón a la muchacha tirándola al suelo dando

tumbos. Él mismo se arrojó de lado cuando Mottling giraba la pistola, buscándole.

Cuando el asesino disparó la bala pasó por encima de la cabeza del detective, pero para entonces Johnny tenía su propio revólver en la mano y comenzó a tirar del gatillo como si tuviera prisa por vaciar todo el cilindro.

Kendall Mottling se retorció bajo los tremendos impactos del «38». Aún disparó dos veces más mientras daba vueltas sobre sí mismo. Las balas reventaron los cristales de la ventana uniendo ese nuevo estrépito a los estampidos.

Clifford estaba gritando algo cuando el martillete del revólver de Johnny golpeó un cartucho vacío. El aire olía a pólvora y poco a poco se apagaban los ecos del largo trueno que había sido aquella larga andanada.

Luego, en el silencio que siguió, empezaron a oírse gritos y carreras por todo el hotel. Johnny ayudó a la muchacha a levantarse y ella le sonrió, tensa.

La dejó sentada en la cama y se arrodilló al lado del jefe Clifford. Su camisa estaba llenándose de sangre.

—Mejor será que no se mueva, jefe —le aconsejó—. Llamaré un médico.

—Duele como el infierno, pero no voy a reventar por un balazo en el costado. Avise a mi oficina..., va a desencadenarse un infierno después de esto.

—Si es así, usted habrá de entenderse las con el Satanás de turno porque yo ya no estaré aquí.

—Escuche...

—Tenemos prisa, jefe. Nos espera la policía de Nueva York.

Clifford inició un movimiento brusco y emitió un quejido. Cuando se le calmó el dolor barbotó:

—¿No iba usted a Los Ángeles?

—Eso será más adelante, cuando terminemos un pequeño negocio en Nueva York. Si para entonces ha amainado el temporal que va a caerle encima aquí, Clifford, quizá quiera asistir a una boda. La nuestra. —¡Eh, oiga, Mac Donald!

Pero la pareja había desaparecido.

Se quedó maldiciendo en todos los tonos. Unos minutos después los hombres de la ambulancia le encontraron gruñendo como un

OSO.

Aún maldecía cuando le sacaron en camilla, y sus maldiciones subieron de tono cuando, antes de introducirle en la ambulancia, acertó a ver fugazmente el soberbio «Lincoln» que se alejaba zumbando por la alborotada calle.

Se juró a sí mismo asistir a aquella boda. Por lo menos sacaría algo bueno de todo ese estercolero en que se había visto envuelto...

FIN

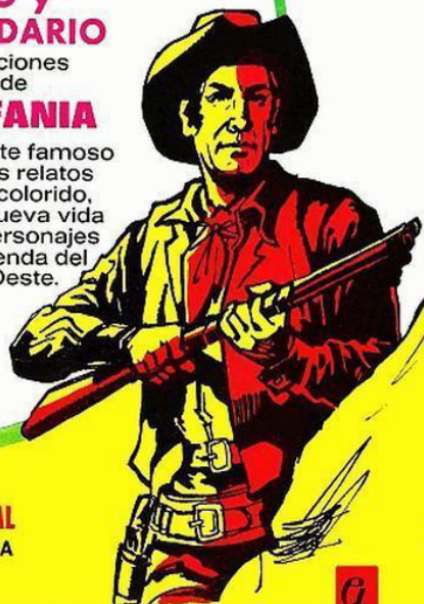
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

